

La Academia
para Jóvenes

Leyendas mexicanas
de
Rubén Darío

Adolfo
Castañón





La **Academia** para **Jóvenes**



Director de la Colección
La **Academia** para **Jóvenes**

Benjamín Barajas

Editores

Alejandro García

Édgar Mena

Revisión

Keshava Quintanar Cano

Diseño

Julia Michel Ollin Xanat Morales

Leyendas mexicanas
de
Rubén Darío

Castañón, Adolfo, 1952-

Leyendas mexicanas de Rubén Darío. -- México: UNAM, Plantel Naucalpan, Academia Mexicana de la Lengua, 2017.

144 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-02-9492-1 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-97649-4-4 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: septiembre de 2017.

D.R. © UNAM 2017 Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.

D.R. © 2017 Academia Mexicana de la Lengua, Naranjo 32, Florida, Delegación Álvaro Obregón, CP 01030, CDMX.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-02-9492-1 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-97649-4-4 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Adolfo Castañón
Leyendas mexicanas
de
Rubén Darío



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	9
INTRODUCCIÓN, Mariana Mercenario Ortega	11
Umbral	19
Rubén Darío en su nuez	21
Los raros: otra resurrección de Rubén Darío	39
El regreso de <i>Los raros</i> de Rubén Darío	49
Leyendas mexicanas de Rubén Darío	75
Rubén Darío, los globos y Pedro Infante	115
México en Rubén Darío. Rubén Darío en México [1884-2016]	123

Proemio

LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA tiene en México una historia noble y fructífera. Son épicas las cruzadas de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Juan José Arreola, Felipe Garrido, entre muchos otros, para incentivar la imaginación, la reflexión y el conocimiento que nos proveen los libros. Sin lectores, las páginas de los libros dejan de respirar, sin lectores pareciera inútil todo esfuerzo de escritura; en la interacción de este binomio arraiga la salud cultural de una nación. De ahí la importancia de La Academia para Jóvenes, una colección de ensayos preparada por eminentes miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y la Secretaría General de la UNAM —con el apoyo del doctor Leonardo Lomelí Vanegas—, cuyo propósito es contribuir a este profundo e intenso diálogo entre docentes y alumnos del bachillerato universitario.

Benjamín Barajas
Director de la Colección
La Academia para Jóvenes.

Introducción

ADOLESCENCIA Y POESÍA se hermanan en alguna extraña combinación que desemboca, o bien en una aversión casi *ad aeternum* o en una fascinación que atraviesa el alma juvenil de tal manera que busca replicarse. Desde el aula del nivel medio superior, sabemos que no hay momento en la vida más fecundo ni de mayor frustración que cuando un adolescente se enfrenta a un poema, porque a partir de éste se va revelando un acallado reflejo del lector sensible.

De acuerdo con el *Diccionario de la Real Academia Española*, adolecer es “caer enfermo o padecer una enfermedad habitual; tener o padecer un defecto”. Los símiles entre poesía y enfermedad son recurrentes. Con menor frecuencia, se atiende a la evocación semántica de los procesos comunes entre adolescencia y poesía: experimentación, desarrollo del pensamiento emotivo,

transformación, estructuración de la experiencia, revelación de conflictos y resistencias heredados que luchan por lograr una autoafirmación.

Quienes sentimos honra por la vocación de enseñar y aprender en el bachillerato universitario sabemos que la poesía, más allá de un tema de aprendizaje escolar, despierta una vivencia que la escuela ayuda a desarrollar, y donde el aula, los jardines o los auditorios se tornan en espacios donde los adolescentes escuchan y leen el juvenil impulso de poetas en ésta y en otras épocas. Los monumentos de la historia de la poesía arraigados en el nivel básico, deben convertirse en documentos imborrables, en experiencia crítica del estudiante mexicano.

Como bibliófilo y gran lector de todos los géneros, Adolfo Castañón comparte los resultados de su curiosidad frente a la imponente figura del nicaragüense Rubén Darío a quien llama “padre de la literatura y la poesía hispanoamericana modernas” y quien, además de renovar nuestra lengua a través de sus poemas, iluminó la conciencia americana mediante del ensayo, la crónica y el retrato.

El espléndido texto que sigue a esta nota, constituye un acompañamiento que rejuvenece tanto la justa fama que el poeta alcanzó en Hispanoamérica, como la sincera admiración de una naciente generación que veía representadas sus inquietudes creativas a través de la voz y la presencia internacional que Rubén Darío logró.

En general, podría decirse que este ensayo es una argumentación informada y sólida para señalar la necesidad de conformar una edición crítica de las obras completas en prosa de Rubén Darío. Sin embargo, es también una descripción, lo mismo sabia que sabrosamente escrita sobre la época del poeta, pues recoge algunas de las principales referencias a las crónicas sobre su muerte, sus lecturas, sus relaciones con México y la generación de jóvenes y no tan jóvenes mexicanos con los que estableció un sincero lazo de amistad y aprecio.

El primer escrito “Rubén Darío en su nuez” puede explicarse como una breve lección de anatomía sobre el cerebro literario de tan renombrado poeta: aquello que nutrió su inteligencia desde la infancia, los poetas gestores de distintas fases creativas en la autonomía de su voz, las huellas de sus viajes *in praesentia* e *in absentia*, hasta conformar la parte central de un sistema de creación donde se concentraran de manera única la visión, audición, equilibrio, gusto y olfato de una renovadora sensibilidad extendida como puente entre generaciones y continentes que no sólo puede apreciarse en sus poemas sino, de manera crucial, en sus escritos en prosa.

En “Los raros otra resurrección de Rubén Darío”, el investigador de nuestras letras mexicanas y conocedor de la lengua francesa —como el poeta que estudia—, orienta al lector sobre cómo justipreciar los escritos ensayísticos y periodísticos que pudieran parecer

menores pero que contribuyen a entender los motivos y temas que enarboló el modernismo en tanto discurso poético. Asimismo, la experiencia ecdótica, esto es en la edición crítica de los textos literarios, Castañón propone líneas rectoras de posibles ediciones críticas que tomen en cuenta los propios comentarios de Darío, por ejemplo, a través de su epistolario.

Dicha línea se continúa en un tercer momento, “El regreso a los raros de Rubén Darío”, donde Castañón hace evidente su trabajo como editor y su contribución a varias revistas de Latinoamérica, al arriesgar una pregunta de comprometedor respuesta: “¿debe una edición crítica atenerse solamente al texto mismo publicado por el autor en sus diversas ediciones y variantes?, o bien ¿cabría ampliar el concepto mismo de edición crítica para poder incluir en un archivo anexo complementario”.

Finalmente, en “Leyendas mexicanas en Rubén Darío”, Castañón pondera los vínculos del poeta con México, entre ellos, su labor arqueológica al tomar como motivo de su creación el pasado de las principales culturas prehispánicas en nuestro país, así como su profunda amistad con Amado Nervo. A manera de apéndice, generosamente, el estudioso acompaña esta edición con “Huitzilopochtli”, uno de los últimos cuentos del nicaragüense.

La poesía también requiere conocimiento, rigor en el análisis y curiosidad apasionada. Contribuir a

iluminar una obra y proponer lo que hasta ahora no existe, es un camino valioso para enseñar con el entusiasmo infatigable que pervive entre quienes estudian nuestra lengua y nuestras letras, como lo consigue Adolfo Castañón, referente vivo del ánimo que debe impulsarnos a prevalecer en nuestra docencia cotidiana, a fin de, como Darío, soñar que algún día, se consolide un continente unido, informado y culto.

Mariana Mercenario Ortega

Leyendas mexicanas
de
Rubén Darío

Umbral

PARECERÍA QUE EL NOMBRE de Rubén Darío se alza en la memoria mexicana como un obelisco solitario. Es en realidad el nombre de un árbol mayor bajo cuya poderosa fronda prospera la flora lírica y prosística mexicana.

El de Rubén Darío es el nombre de un continente poético tan diverso y extenso en sus versos y prosas como el de la misma América mexicana.

En este breviario el autor ha querido reunir diversos textos sobre el poeta nicaragüense para saludar el centenario de su muerte.

Adolfo Castañón
Bibliotecario-archivero de la
Academia Mexicana de la Lengua
24 de octubre de 2016.

Rubén Darío en su nuez¹

ALGO SUCEDE CON los cerebros de los genios después de que mueren. Es sabido cómo el cerebro del físico Albert Einstein anduvo escondido en la maleta de un admirador, el Dr. Thomas Harvey, que lo llevó paseando de hotel en motel durante años a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos, luego de haberle tocado en suerte hacerle la autopsia en el Hospital de Princeton donde muriera el científico.²

Al cerebro de Rubén Darío (1867-1917), poco después de su fallecimiento, se lo disputaron casi físicamente su amigo el Dr. Luis H. Debayle quien lo llevó a la ciudad de León en Nicaragua donde

¹ Texto publicado en *América sintaxis*. México: Siglo xx, 2009, pp. 393-399.

² Michael Paterniti: "Driving Mr. Albert: A trip scenes America whit Einstein's Brain", *Harper's Magazine*, New York, Vol. 295. no. 1769. (octubre de 1997), pp. 35-58.

moriría y un médico de Granada, el Dr. Juan José Martínez quien —como asienta Jaime Torres Bodet en su biografía de Darío— “publicó un folleto con los resultados que hizo en masa encefálica tan notable”. Y cita Torres Bodet algunas líneas:

El cerebro fue extraído 28 horas después de la muerte del poeta. Lo recibí el 16 de febrero a las 10:00 a.m. Había sido muy bien preparado, inyectado y bañado con solución de formalina pero me llegó seco en una urna de vidrio (...) Según me han asegurado, el cerebro alcanzó el peso extraordinario de 1,850 gramos, al que apenas llegaron los cerebros de los insignes Cuvier, Abercrombie y Dupytren...³

El cerebro genial de Rubén Darío fue extraído de su cuerpo y durante algún tiempo se exhibió en la ciudad de León, en Nicaragua, donde murió el 7 de febrero de 1916. Una fotografía de esa masa encefálica se puede ver en el centro de una de las páginas que la publicación mexicana *Revista de Revistas* dedicó a “la casa natal y el entierro de Rubén Darío” con motivo del “VI Aniversario de la muerte” del poeta, el domingo 5 de febrero de 1922. La fotografía, en sí, no dice mucho pues el cerebro del liróforo parece un melón o una col

³ Citado por Jaime Torres Bodet. *Rubén Darío: abismo y cima*. México: Fondo de Cultura Económica / UNAM, 1966.

partida en dos. Pero la hoja de esa revista es elocuente de la calidad y dimensión del mito que rodeó al poeta. A la vuelta de la página donde aparece el cerebro, la ceremonia de velación y entierro, la casa donde fue a morir figura, expuesta en dos fotografías tomadas por el fenicio nicaragüense Gregorio Rodríguez; la reproducción del “cuerpo enfermo que alentó un alma exquisita” y se ve “la agonía del magno poeta y su explotación fotográfica”. En ellas se puede contemplar el cuerpo exhausto de Rubén Darío expirando con los labios abiertos sus últimas bocanadas. Estas imágenes indiscretas y no exentas de vulgaridad fueron allegadas al periódico por el escritor mexicano Juan B. Delgado, entonces ministro en Colombia. Me las vengo a encontrar insertas en la *Antología de Rubén Darío* que preparó y prologó para el Fondo de Cultura Económica y para la UNAM, el mismo Jaime Torres Bodet en 1966, en el libro que se publicó paralelamente a la biografía que el escritor y diplomático mexicano le dedicara al nicaragüense, en el marco del 50 aniversario del fallecimiento del poeta. Las fotografías, la agonía, el entierro y aun el cerebro del padre de la literatura y la poesía hispanoamericanas moderna son expresivas de la forma en que la figura pública del poeta fue recibida, despedida, mitologizada y aun degradada y mercantilizada por aquella sociedad nicaragüense e hispanoamericana donde ya podía darse un fotógrafo muy listo que le robara al poeta su imagen moribunda y luego prohibiera su reproducción para

poder enriquecerse él mismo. Darío sería enterrado con todos los honores reservados a los altos jefes militares o los ministros de guerra y con la pompa exclusiva para la inhumación de los príncipes de la Iglesia. El 13 de febrero una procesión solemne y nutridísima lo acompaña a la catedral de esa ciudad donde luego lo abrigará un monumento adornado por el León (emblema de la ciudad), y no el cisne ni el centauro (emblemáticos de su poesía).

Rubén Darío llegó a campear como una eminente figura pública por todo el orbe de habla hispana y aun más allá. Su nombre encabeza una marcha triunfal de la poesía y la literatura latinoamericana por todas las latitudes de América y por las de Europa. Los políticos y soldados que figuran en su guardia de honor, las multitudes que acompañaron su entierro resultan apenas un débil indicio de la forma en que este poeta y prosista alcanzó a tocar el corazón dividido de las Américas con su prosa y con su verso.

¿Qué había y qué hay en las letras producidas por este autor que se le han consagrado plazas y calles, estatuas y monumentos? ¿Qué había y qué hay en las páginas de su obra que ha sufrido innumerables ediciones de todo tipo pero sobre todo el honor polarizado de las innumerables ediciones piratas y de las ediciones de lujo sin haber alcanzado hasta ahora una edición consistente y actualizada de sus obras completas? ¿Qué hay y qué había en los versos de Rubén Darío que su nombre mágico y santo evoca para muchos la recitación

en público de legiones de niños que mueven los labios y los brazos en las casas y en las escuelas al ritmo de “Los motivos del lobo” o al compás de “Margarita, está linda la mar” ¿Qué había y qué hay entre los pliegues de esa estatua verbal ante la que han llegado a rendir tributo poetas tan diversos como Efrén Rebolledo, Luis Carlos López, Rafael Arévalo Martínez, tan diferentes como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Leopoldo Lugones, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Octavio Paz, Raimundo Lida, Ernesto Mejía Sánchez o Luis Cardoza y Aragón? ¿Qué le hizo Rubén Darío a la poesía y a la literatura en español? ¿Se puede decir que a éstas les sucedió con Rubén Darío algo parecido a lo que le pasó a Roma con el emperador César Augusto que encontró a la ciudad capital del Imperio levantada en adobe y barro y la dejó edificada en mármol? ¿Por qué sigue vivo Rubén Darío en su verso, en su prosa y aun como personaje de biografías y novelas? Una respuesta a estas preguntas la da Jorge Luis Borges en su Mensaje en honor de Rubén Darío:⁴ cuando un poeta como Darío ha pasado por una literatura, todo en ella cambia. No importa nuestro juicio personal, no importan aver- siones o preferencia, casi no importa que lo hayamos leído. Una transformación misteriosa, inasible y sutil

⁴Enviado al II Congreso Latinoamericano de Escritores y publicado en *El Despertar Americano*. México, vol. I, núm. 2, (mayo de 1967), p. 9.

ha tenido lugar sin que lo sepamos. El lenguaje es otro. A lo largo del tiempo, Chaucer, Marlowe, Shakespeare, Browning y Swinburne fueron modificando la lengua inglesa; Garcilaso, Góngora y Darío hicieron lo propio con la española. Después vendrían Lugones y los Machado. Variar la entonación de un idioma, afinar su música, es quizá la obra capital del poeta.

Muchas páginas deleznable sobrelleva la labor de Darío, como la de todo escritor. Fabricó sin esfuerzo composiciones que el mismo sabía efímeras: *A Roosevelt*, *Salutación del optimista*, *el Canto a la Argentina*, *Oda a Mitre* y tantas otras. Son olvidables y el lector las olvida. Quedan las demás, las que siguen vibrando y transformándose. *A Francia*, *Metempsícosis*, *Lo fatal*, *Verlaine*, son las primeras que acuden a mi pluma, pero sé que son muchas y que una sola bastaría para su gloria.

La riqueza poética de la literatura de Francia durante el siglo XIX es indiscutible; nada o muy poco de ese caudal había trascendido a nuestro idioma. Darío, *tout sonore encore* de Hugo, de los otros románticos, del Parnaso y de los jóvenes poetas del simbolismo, tuvo que colmar ese hiato. Otros, en América y en España, prolongaron su vasta iniciativa; recuerdo que Leopoldo Lugones, hacia mil novecientos veintitantos, solía desviar el diálogo para hablar con generosa justicia, de “mi maestro y amigo Rubén Darío”. Los lagos, los crepúsculos y la mitología helénica fueron apenas una efímera etapa del modernismo, que los propios propulsores abando-

narían por otros temas. Véase a este respecto el estudio definitivo de Max Henríquez Ureña. Todo lo renovó Darío: la materia, el vocabulario, la métrica, la magia peculiar de ciertas palabras, la sensibilidad del poeta y de sus lectores. Su labor no ha cesado y no cesará; quienes alguna vez lo combatimos, comprendemos hoy que lo continuamos. Lo podemos llamar el Libertador.

Como Mozart, Rubén Darío fue un niño prodigio y como tal sufrió. Niño genial sorprendía a sus parientes y vecinos con su memoria y su capacidad de improvisación y articulación. La “iniciación melódica” de Rubén Darío fue temprana como fue precoz su iniciación en el oficio de vivir huérfano y desarraigado, errante y peregrino por el mundo. Como un profeta del antiguo testamento, Rubén Darío nació en una casa humilde en la ciudad nicaragüense de Metapa el 18 de enero de 1867 y vino a morir casi 49 años después en la también nicaragüense ciudad de León. Entre esas dos fechas transcurre el itinerario fulgurante y milagroso del primer poeta y escritor hispanoamericano moderno que sabe arraigar en la modernidad es decir en el desarraigo y en la innovación como ninguno, desde la fidelidad creadora al sueño del alma romántica y la entrega a la vocación poética como un ministerio religioso.

Rubén Darío huérfano educado por unos tíos que luego sabría que no son sus padres verdaderos, es un caso singular de autodidacta. Fue formado por los pocos libros que había en la casa familiar —*El Quijote*, *La Biblia*, *Las*

mil y una noches— y luego por los volúmenes innumerables que fue a encontrar en el archivo-biblioteca del cual le tocó ser muy joven el entusiasta guardián. Ya antes de salir de su nativa Centroamérica rumbo a Chile, en un viaje que duraría prácticamente toda su vida y que lo llevaría a Argentina, Nueva York, La Habana, París, Madrid, Barcelona, Roma, Hamburgo, México, el joven Rubén Darío era identificado como alguien especial, por no decir providencial o aun genial. En el Salvador descubre la poesía de Victor Hugo y con ella el trasfondo místico y pagano, órfico y pitagórico de su empresa poética.

Corre la voz que Rubén Darío fue un genio pero la generación suspicaz y aburrida que somos se pregunta algo malhumorada: ¿Por qué? Nuestros padres nos responden con tática impaciencia: toma y lee, reconócelo por ti mismo: Empieza —por así decirlo con Octavio Paz— a oír el ritmo de la creación —pero asimismo verlo y palparlo— para construir un puente entre el mundo, los sentidos y el alma.

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro
y a veces lloro sin querer.

Un fragmento de la uña del tigre, puede sugerirnos la dimensión feliz, felina, enigmática y siempre otra del que supo reconocerse a sí mismo entre la multitud de las

voces posibles y traer del fondo de su corazón y del más inaccesible rincón de la vetusta biblioteca un aire nuevo y perdurable, un aire raro que por décadas fecundaría y polinizaría para decirlo con una voz de Juan Goytisolo, los campos yermos de la letra castellana hasta lograr que en toda ella y en su obra se diese “buena cosecha”

Rubén Darío es como el niño perdido y luego el hijo pródigo de una familia o constelación de autores raros, a veces excéntricos, a veces atípicos y marginales que vinieron a prosperar en la Europa raptada al promediar el siglo XIX y al despertar el siglo XX. Rubén Darío lector y discípulo de Victor Hugo, Gérard Nerval, Paul Verlaine, Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Thèophile Gautier, contemporáneo de Julián del Casal y de J.J. Asunción Silva, de Walt Whitmann, y de José Martí —a quienes supo reconocer— y de Guillaume Apollinaire al que no conoció, ni reconoció aunque sea por demás sintomática su coexistencia.

Rubén Darío inicia, encauza y deja encarrilado el tren del movimiento modernista que él mismo bautiza y condena, del cual sabrá apearse oportunamente para seguir los senderos más secretos de su vocación, de su íntimo llamado.

Cuando aparece Rubén Darío la literatura lírica y prosística española se encontraba incubando somnolencia y postración mecánica tanto en el orden estrictamente formal y prosódico como en el plano de la experiencia transcrita y de la semántica sentimental

e intelectual practicable. El mismo Darío en el periodo de su iniciación melódica —para expresarlo con la voz de Alfonso Méndez Plancarte, primer editor de unas *Obras poéticas completas*— aprende poco a poco a seguir a Rubén Darío y va salvándose a sí mismo de la selva y la hojarasca de sus primeras *Rimas y abrojos*, cargados de frescura y entusiasmo, sentimentalismo y de retórica civil.

Entusiasmo es una palabra clave para evocar lo que mueve a Darío y lo que nos mueve hacia él. Entusiasmo es lo que está habitado por el dios, por los dioses y hay en efecto algo de inefable, eufórico, divino en esa canción rubén-dariana que desde sus primeros balbuceos empieza a transfigurar en oro memorable todo lo que toca. Pero también será un lector y un seguidor de dos figuras claves para comprender la experiencia de la poesía y el arte europeo y occidental: me refiero a la teosofía y a Isis sin velo de la intrépida vidente rusa Helena Petronila Blavatsky y a los escritos y las obras de Ricardo Wagner quien, más que Nietzsche al que por supuesto Darío leyó, tuvo sobre la imaginación lírica y rítmica de Rubén Darío un ascendiente decisivo.

Las estaciones de su bibliografía poética son conocidas y se pueden decir de memoria: *Rimas y abrojos*, *Azul* y otros poemas, *Prosas profanas*, *Cantos de vida y esperanza*, *El canto errante* y *El poema de otoño*. La poesía póstuma y no reunida que edición, tras edición y casi año con año va enriqueciéndose con nuevos hallaz-

gos. Este, entre otros motivos, ha sido uno de los que han impedido que se cuente hasta ahora con una edición cabal de sus poemas, sus narraciones, crónicas, artículos y ensayos para no hablar de su caudaloso epistolario. Aun hoy se siguen descubriendo de tanto en tanto en los pequeños periódicos de Centroamérica, textos perdidos del altísimo poeta.

El cuerpo poético de Rubén Darío se podría dividir en tres partes: la inicial que corresponde a *Rimas y abrojos* dónde el poeta va haciendo sus armas, la medular y modernistas —y no se olvide que el término de modernismo fue inventado por él— que abarca los tres libros principales *Azul*, *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza*, y la final que inicia con el *Poema de otoño*, sigue con *El canto errante* y desemboca en los poemas póstumos. Entre estas tres partes hay ruptura y continuidad. Tal es quizá uno de los datos sorprendentes de la fisonomía plural de este poeta proteico que se va reinventando, salvando y reencontrando a cada paso.

Pero además de poeta, Darío fue un prosista excepcional como muestra el libro *Perfiles y siluetas* que publicó en Buenos Aires en 1896 con el título de *Los raros*. El libro participa de algún modo del manifiesto y de él se desprende la afirmación dibujada de una serie de actitudes estéticas y vitales, políticas y artísticas. Se ha dicho hasta el cansancio que una de las figuras que influyeron a Rubén Darío fue Paul Verlaine. Se ha dicho

menos que ese ascendiente se ejerce no sólo sobre la obra poética entre los versos de un poeta y otro si no también y más allá en las correspondencias que existen entre *Los raros* de Rubén Darío y las obras en prosa de Paul Verlaine como son: *Charles Baudelaire y algunos hombres de mi tiempo* y más particularmente *Los poetas malditos* — de hecho hay algunos autores como Villiers de L'Isle Adam que Rubén Darío retomaría de Verlaine y, más allá, una serie de atmósferas entre bohemia, decadentes y marginales. Pero hay en *Los raros* otros dos elementos excéntricos: el arcaísmo, el amor por las figuras de la edad media y el renacimiento como expresa la silueta del italiano fray Domenico Cavalca que no hubiese desentonado entre los perfiles prerrafaelitas, que gustaban a los ingleses Dante Gabriel Rossetti y William Morris.

El otro elemento excéntrico es el de la preferencia por los poetas belgas católicos que tan importantes fueron para la configuración de la sensibilidad modernista hispanoamericana como Theodore Hannon. Volviendo a Paul Verlaine, representaría además para Darío un modelo vital, el padre fundador de una nueva gramática para la poesía: como se sabe en la obra del francés se prosigue y ahonda un proceso de dislocación del verso romántico heredado de Hugo, Lamartine y Vigny. Otra figura de referencia esencial para Rubén Darío será Théophile Gautier —el amigo admirado de Nerval y Baudelaire— quien inició a través de sus *Esmaltes* la idea de la religión y del

arte por el arte. Darío retomará asuntos y temas de Gautier coincidiendo también con él en el cultivo de una sensibilidad atraída por el lujo y las geografías reales e imaginarias de Oriente. Los raros es un libro que reúne en sus páginas retratos literarios de Léon Bloy, Paul Verlaine, Villiers de L'Isle Adam, el conde de Lautréamont —entonces completamente ignorado— Jean Moréas, —su amigo— Catulle Mendès, Leconte de L'Isle, Edgar Allan Poe y otros autores hoy menos conocidos como Jean Richepin, Rachilde o Laurent Tailhade para no hablar de la figura enigmática del poeta italiano fray Domenico Cavalca. A esa lista se añaden los nombres del cubano José Martí, Augusto de Armas francófono como Heredia y Eugenio de Castro, cuyo perfil le sirve a Darío para romper la frontera entre la literatura española y la portuguesa. Estos autores imprimen al libro un inconfundible giro, un movimiento Iberoamericano. Las ausencias son también elocuentes pero la más evidente es la de la literatura española de su tiempo: aunque cuando escribió este libro Darío ya conocía a Emilio Castelar y a Gaspar Núñez de Arce, no se incluye en su índice ningún autor peninsular. También es cierto que el mismo Darío remediará con largueza esta falta cuando en 1901 reúna los artículos de *España contemporánea* que representan un minucioso y animado paisaje de los últimos dos años del siglo XIX (1898-1900) y una crónica en vivo de la literatura española de la que él llegaría a formar parte.

Los raros fue publicado y escrito en Buenos Aires en 1896 cuando Rubén Darío tenía menos de 30 años. Además de ser un libro atrevido e impregnado de entusiasmo inteligente y vivacidad, *Los raros* es un libro clarividente que apuesta y pone sobre la mesa de la discusión autores que luego serán indisociables de la modernidad. No sólo eso. En *Los raros*, se acumula el código de conducta y el código de honor del modernismo, se acuñan actitudes y curiosidades —el arcaísmo, el descubrimiento de la edad media, la invención del arte como una religión. Se trata en cierto modo de un museo, pero de un museo que se construye al calor de *happening* y que tiene la virtud estremecedora de ir renaciendo las cifras del instante presente que serán perdurables en el tiempo.

El éxito de *Los raros* fue paralelo al de libros como *Cantos de vida y esperanza*. No sólo eso. En cierto modo, ese libro de prosa sirvió a sus jóvenes lectores como un manual de urbanidad, un libro por así decir de etiqueta literaria, donde los jóvenes decididos a ser modernistas podrían encontrar modelos y anti-modelos de conducta crítica y artística. Véase el texto sobre Max Nordau en *Los raros*, los jóvenes de España y América en los albores del siglo xx encontraron un nuevo *cortesano*. Darío se erguiría con ese libro todavía eléctrico como un nuevo Baltazar de Castiglione que era capaz de enseñar a la muchachada burguesa y de clase media americana y española cómo había que conducirse en los nuevos cenáculos, en los nuevos espacios de la bohemia europea, es decir mundial.

Perteneciente a la primera generación modernista hispanoamericana —como Ricardo Jaimes Freyre, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí— Rubén Darío fungió por la muerte inesperada de todos ellos como un intermediario con los escritores hispanoamericanos y españoles de la segunda generación —como Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo en México o Guillermo Valencia en Colombia. Pero esta función de enlace no hubiese sido posible para Darío si cuando muy joven no hubiese puesto sus pies en el polvo del camino: de Nicaragua sale a El Salvador y luego a Chile, a Argentina, La Habana, Nueva York, Roma, Florencia y en los últimos años París, Madrid, Mallorca, el primer regreso a Nicaragua y el viaje a México en 1910 que no llegó a realizarse completamente pues Darío sólo alcanzará Veracruz, Jalapa y Teocelo. Darío no hubiese podido cumplir su función de enlace generacional y literario si no hubiese sido un infatigable y casi frenético viajero que iba dejando sembrados a su paso poemas, artículos y crónicas, amigos, admiradores, novias y amantes, anécdotas y leyenda. Pero tampoco hubiese podido cumplir esa función sin un agudo sentido político y una concepción muy clara de su condición de estadista de la literatura cosmopolita, de *Ambassador at large* de Hispanoamérica en Europa como lo muestra su febril actividad editorial desde los tiempos juveniles en Centroamérica hasta los tiempos finales en París donde le toca dirigir la *Revista Mundial*,

pues el sumo pontífice del modernismo no se cansaba de tender lazos y puentes de tinta y sangre. Darío era un talento profesional que sabía hacer valer su talento y su profesión. Fue un gran prosista, un profesional de la pluma como supieron reconocer los editores de los periódicos —*La Nación* de Buenos Aires, el *Mercurio* de Chile para los que trabajaba infatigablemente.

Aunque hay una edición española de cinco volúmenes que contiene la poesía y la prosa de Rubén Darío, falta todavía mucho por hacer en ambos campos, pero sobre todo en el de la prosa que se encuentra dispersa y que es preciso leer para la mejor comprensión de la poesía y del poeta. *Los raros*, *La España Contemporánea*, *Opiniones*, *Parisina* son algunos de los títulos donde se recoge la escritura en prosa de Rubén Darío, y quien los haya leído sabe que en esos libros hay claves y pistas para adentrarse más y mejor en su verso y su poesía. De hecho, sería un ejercicio interesante hacer algún día una edición de Rubén Darío anotada por él mismo, tomando como base estos libros tanto como sus autobiografías y sus cartas. Pero si la prosa de Rubén Darío está todavía parcialmente dispersa, ello se debe también a que en su última etapa, cuando dirigía desde París la revista *Mundial*, corría la voz de que en algunos de los artículos firmados por Darío se había dado alguna colaboración de algún ayudante y se suscita la cuestión de las atribuciones en algunas. Otro cantar es la correspondencia. De hecho, se trata, por

así decirlo, de un cantar de afrenta pues la edición del valiosísimo epistolario de Rubén Darío es una tarea que se encuentra a medio hacer. En 1943, Alberto Ghirardo recogió para la Editorial Losada un *Archivo Rubén Darío* que se compuso en buena parte rescatando los papeles que guardó la devota sencilla y abnegada Francisca Sánchez. Pero desde entonces no se ha hecho mucho y no se han podido reunir epistolarios importantes como pueden ser por ejemplo los que Rubén Darío sostuvo con el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo o con el poeta dominicano Fabio Fiallo, tan amigo de Rubén y tan injustamente olvidado. La edición del epistolario de Rubén Darío es todavía una asignatura pendiente y es uno de los huecos que deberá llenar, junto con el de la prosa, el futuro editor de las obras completas de Rubén Darío.

Una personalidad tan rica como la del autor de “El Coloquio de los centauros” no podía dejar de suscitar estudios críticos y biografías. Entre los primeros, deben citarse los de Pedro y Max Henríquez Ureña, Pedro Salinas, Octavio Paz, Raimundo Lida, y Ernesto Mejía Sánchez lo digo tres veces, Cathy L. Jade. Las biografías disponibles de Rubén Darío son la del mexicano Jaime Torres Bodet (1966), Edelberto Torres (*La vida dramática de Rubén Darío*), la del español Antonio Oliver Belmás *Este otro Rubén* (1960), la del argentino Blas Matamoro (2002) y la del peruano Julio Ortega (2003). Mención aparte merece el libro póstumo

de Juan Ramón Jiménez *Mi Rubén Darío* (1901-1956), (armado por Antonio Sánchez Romeralo en 1990). Aquí también cabría mencionar los inapreciables libros de Raúl Silva Castro y de G. Alemán Bolaños: *La juventud de Rubén Darío* sobre los primeros años del poeta, en el que se recogen textos periodísticos que hasta donde sé no se encuentran reunidos en forma autónoma.

Desde luego, una personalidad tan avasalladora y magnética no podía dejar de solicitar a la imaginación novelesca. Sergio Ramírez en *Margarita está linda la mar* recrea con cierto afectuoso desenfado, no exento de sentido del humor y de alguna vulgaridad, la vida tormentosa y atormentada del poeta junto con algunos de sus episodios tragicómicos.

Los raros: otra resurrección de Rubén Darío

ES CASI PROVERBIAL que mientras que la poesía de Rubén Darío (1867-1916) ha sido objeto de ediciones cuidadosas, la situación de la prosa del nicaragüense es diametralmente opuesta: su narrativa, sus ensayos y su vasta obra periodística sólo hasta recientes fechas han sido objeto de una mirada rigurosa. Este rescate se debe en buena medida al estudioso alemán Günther Schmigalle, autor de la edición crítica de *Los raros* (1896, 1905) de Rubén Darío,¹ que incluye, además de su introducción y notas, el texto del académico y dariano nicaragüense Jorge Eduardo Arellano. *Los raros* es un libro manifiesto, reúne 22 textos: semblanzas, perfiles, retratos, descripciones,

¹ Rubén Darío. *Los raros*. Edición, crítica, intr. y notas Günther Schmigalle, estudio prel. de Jorge Eduardo Arellano. Berlín: Edición Tranvía / Verlag Walter Frey, 2015.

“poetografías”, huellas y reconstrucciones del decir y escribir de Georges d’Esparbès, Jean Moréas, Augusto de Armas, Edgar Allan Poe, Max Nordau, Théodore Hannon, Léon Bloy, Jean Richepin, Auguste Villiers de l’Isle-Adam, Laurent Tailhade, fray Domenico Cavalcata, Leconte de Lisle, el conde Lautréamont, Rachilde, José Martí, Édouard Dubus, Paul Verlaine, Henrik Ibsen, Eugenio de Castro, Camille Mauclair, Paul Adam.

Los raros, a 120 años de su publicación, se presenta como una serie de medallones o de monedas críticas con las cuales el poeta Rubén Darío pone en circulación por el mundo las cifras de una economía imaginaria que va a contrapelo de la economía material alimentada por lo que hoy llamaríamos el capitalismo. En esta economía imaginaria y estética se deprecia y desdeña el tiempo presente, se exaltan en cambio los siglos de la Edad Media y el Renacimiento. No es tanto el libro de un anarquista, sino la obra de un monárquico que busca reinar en la imaginación y por la armonía y el amor. *Los raros* es, sobre todo, el libro de un poeta y de un crítico que hace de la poesía el látigo con el cual va a fustigar el rebaño del cual él mismo surge y del que se quiere desprender.

El libro hace pensar en las “Dilucidaciones” que prologan *El canto errante* (1907) donde dice Rubén:

No. La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien a extenderse, a modificarse, a seguir su des-

envolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores, porque, como excelentemente lo dice El Señor Montaigne, y Azorín mi amigo puede certificarlo, '*nous avons bien plus de poètes que de juges et interprètes de poésie; il est plus aysé de la faire que de la cognoistre*'. Y agrega: '*À certaine mesure basse, on la peult juger par les préceptes et par art: mais la bonne, la suprême, la divine, est au dessus des règles et de la raison*'.²

El nombre de Rubén Darío está unido al de Günther Schmigalle desde que éste hizo la edición crítica de los cinco libros de crónicas en cuatro tomos de la serie *La caravana pasa*, acompañando a cada tomo de introducción y notas.³ La presente edición de *Los raros* refrenda esta asociación y casi se diría que la ritualiza. Lo novedoso estriba en que el editor ha restituido el orden en que fueron publicados los artículos en *La*

² Rubén Darío. *Obras completas. Poesía, T. I.*, Edición de Julio Ortega con la colaboración de Nicanor Vélez, intr. general y notas de Julio Ortega, prólogo de José Emilio Pacheco. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007, p. 318.

³ Rubén Darío. *La caravana pasa*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Berlín: Edición Tranvía / Verlag Walter Frey, Libro primero, 2000; Libro segundo, 2005; Libro tercero, 2001 y Libros cuarto y quinto, 2004.

Nación; a este enriquecimiento editorial se añaden las notas puntuales con que acompaña y, por así decir, restaura cada uno de los textos. Al remitirse a la edición original de *Los raros* en las páginas periodísticas, Schmigalle puede restituir numerosos detalles y alusiones que dan vida al texto. Si esta labor cabe ser vista con desconfianza por los lectores celosos de mantenerse en la castidad que impone la ignorancia, será bienvenida por el lector que sabe que el texto debe de ser re-polinizado para restituir sus sentidos.

Esta edición crítica de *Los raros* consta de seis tipos de notas:

1° En la primera nota de cada capítulo se identifica la fuente periodística, generalmente alguna edición de *La Nación*, de la cual se ha transcrito el texto. 2° Se indican, como quedó dicho, las variantes significativas entre la versión periodística y las versiones en volumen. 3° Se identifican las fuentes principales utilizadas por Darío, es decir los libros o artículos que leyó para redactar cada crónica/capítulo. 4° Se identifican otras fuentes menores, así como referencias o alusiones de tipo literario o extraliterario. 5° Se examinan algunas ideas u opiniones expresadas por Darío, a la luz del estado actual de la investigación; y si no se pueden examinar a fondo, se dan algunos impulsos para los que quieran profundizar en ellas. 6° Se retoman y se discuten análisis o interpretaciones relevantes de otros

investigadores; y si no se pueden discutir a fondo, también se dan algunas noticias para los que quieran ahondar en el asunto.”⁴

Si el texto reeditado sin notas y sin aparato es ya como la uña del león, una anotación inteligente e intensiva puede ciertamente apresar la obra y, más allá, literalmente, recrear la selva, el medio ambiente en cuyas aguas lustrales surge. Esto es precisamente lo que hace Schmigalle al acompañar con la música de su panal rumoroso de notas oportunas los textos reunidos en *Los raros*. Aquí se restituye, por ejemplo, el sentido del humor de Rubén Darío. En su estudio preliminar J.E. Arellano presenta una elocuente tabla de las correspondencias, citas y alusiones que hay entre 19 de los 22 medallones de *Los raros*; no sólo están entreverados entre sí, sino además con una línea de autores —en su mayoría de expresión francesa— que componen una cierta genealogía: Victor Hugo, Stéphane Mallarmé, Charles Baudelaire, Theodore de Banville, Lord Byron, Catulle Mendès, J. W. Goethe, Richard Wagner, Walt Withman, Joséphin Péladan, entre otros.

Las 1246 notas de Schmigalle hacen ver hasta qué punto el nicaragüense domina la literatura francesa —hasta qué punto al profesor le es familiar esa materia dariana—, véase por ejemplo la alusión al

⁴ Rubén Darío. *Los raros...* op. cit. p. 11.

poeta proletario Pierre Dupont (1821-1870) en el medallón dedicado a Moréas (1856-1910). Gracias a esta edición el lector puede apreciar no solamente la familiaridad casi fraternal de Darío con la poesía y la literatura francesa y europea de su tiempo, la certeza de su infalible juicio estético, sino el hecho mismo de que Rubén Darío no estaba solo en Hispanoamérica, no era el único lector alucinado y desvelado por las aventuras y desventuras de la poesía francesa y de sus revoluciones. La dedicatoria que hace Darío a su amigo cubano el “Conde Kostia” (1859-1927) de la semblanza de León Bloy (1846-1917) lleva al lector a comprobar hasta qué punto las minorías ilustradas hispanoamericanas estaban sedientas de las novedades y de los excesos, de la armonía y de la poesía, de los cielos y de los bajos fondos, de los extremos de la calle y de la historia. El ejemplo de la poesía del olvidado Jean Richepin (1849-1926) y de su serie *Les blasphèmes* (1884) es sintomático de los horizontes abiertos que al parecer guiaban y obsesionaban a Rubén Darío; esto queda al descubierto por la hormigueante erudición de Schmigalle. El editor alemán restituye para el lector el diálogo intenso que sostiene Darío en cada una de las líneas de *Los raros* con la historia de su tiempo.

Con todo, cabe apuntar que la presente edición crítica cuidadosamente preparada pasa por alto ciertos detalles extra-textuales, como la mención de Leopoldo Lugones (1874-1938), quien escribió a Darío una

carta el 9 de septiembre de 1896 pidiéndole que reflexionara en su exclusión. Tampoco se recupera ni siquiera una alusión a la respuesta que Rubén Darío dio a Paul Groussac (1848-1929), diciéndole que “él, Groussac, es un raro (o sea forma parte de lo nuevo); y que él, Darío, había considerado incluirlo en su galería de héroes culturales”.⁵ ¿No es raro que Schmigalle no anote en el texto dedicado a Max Nordau (1849-1923) todo lo que refiere sobre éste en la nota 186 del libro tercero de *La caravana pasa*?⁶ Estas menciones acaso hubieran contribuido a señalar el hecho de que *Los raros* no sólo es un libro emblemático sino que en cierto modo se trasciende a sí mismo y se yergue como un condensador de corrientes alternas dentro y fuera de lo estrictamente literario. A diferencia de las ediciones anteriores preparadas por Günther Schmigalle de las crónicas de Rubén Darío en los varios volúmenes de *La caravana pasa*, en esta edición de *Los raros* no se asienta un índice de nombres y de títulos de obras citados en las notas al pie.

⁵ Julio Ortega. *Rubén Darío*. Barcelona: Omega, 2003. p. 128. (Vidas Literarias)

⁶ Rubén Darío. *La caravana pasa... op. cit.* Libro tercero, 2001, pp. 73-74. Entre las crónicas dedicadas a Nordau están: “Nuestros colaboradores. Max Nordau”, *La Nación*, (24 de abril de 1901) y “Al Dr. Max Nordau”, en *La Nación. Suplemento Semanal Ilustrado*, (14 de mayo de 1903).

Las dedicatorias exhumadas por el arqueólogo Schmigalle como, por ejemplo, a “Brocha Gorda” (1845-1914), el padre de su amigo el boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), con quien fundó la revista *América* en Buenos Aires, traen al lector el ambiente festivo en que fueron cocinados algunos de estos textos. Según expresa el propio Darío: “Con Brocha Gorda, seudónimo de Jaimes padre, solíamos hacer amenas excursiones teatrales, o bien por la isla de Maciel, pintoresca y alegre, o por las fondas y comedores italianos de La Boca, en donde saboreábamos pescados fritos, y pastas al jugo, regados con tintos chiantis y oscuros barolos. Quien haya conversado con Julio L. Jaimes, sabrá del señorío y del ingenio de los caballeros de antaño.”⁷

De ahí que leer el Rubén Darío desenterrado por Schmigalle en su edición de *Los raros* equivale a saber “del señorío y del ingenio de los caballeros de antaño”.

“Averiguar la forma auténtica y la fecha correcta de un texto, acompañarlo con un comentario adaptado a sus características, facilitar el acceso por medio de índices completos, con elementos de una edición crítica que no solamente permiten una mejor comprensión de las crónicas de Darío, sino también con-

⁷ Rubén Darío. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona: Casa Editorial Maucci, s.f., pp. 192-193; citado en la nota 872 de Rubén Darío. *Los raros...*, op. cit., p. 291.

tribuyen a su interpretación, a la investigación dariana y pueden llegar hasta corregir y profundizar nuestro conocimiento de la biografía del poeta”, concluye Schmigalle en “La edición crítica de las crónicas de Rubén Darío. Problemas, soluciones y hallazgos”, el trabajo con el cual participó el autor en *Rubén Darío en su laberinto*⁸ (2013), editado por Rocío Oviedo Pérez de Tudela. Esas palabras cabrían como epígrafe a la edición crítica de *Los raros* de Rubén Darío. La obra en prosa —de la cual *Los raros* es la prenda más conocida— está asociada al nombre del crítico y filólogo alemán Günther Schmigalle del mismo modo que la de Michel de Montaigne (1533-1592) está vinculada a los nombres de Pierre Villey o Philippe Desan o la de Aristóteles (384 a.C.-322 a.C.) a la de Werner Jaeger.

⁸ *Rubén Darío en su laberinto*. Edición Rocío Oviedo Pérez de Tudela. Madrid: Verbum, 2013, pp. 69-83.

El regreso de Los raros de Rubén Darío

Para Alberto Paredes

RUBÉN DARÍO LANZA este libro a los 29 años de edad. Lo componen 21 ensayos —crónicas, medallones, homenajes y retratos— que había publicado previamente en la prensa, en el periódico *La Nación*, desde hacía al menos cuatro años, algunos de ellos con el título de *Los raros*. El volumen se armó en el vértigo y vaivén de la cosmopolita Baires, Buenos Aires, luego de haber viajado desde Nueva York y París a partir de su nombramiento como cónsul de Colombia en Buenos Aires. Las experiencias y lecturas que lo alimentan provienen de años antes. Aunque en su mayoría *Los raros* reúne en su banquete a convidados de origen francés, o francófono, o afines a la cultura y la civilización francesa, el libro se presenta —según definiría Octavio Paz— como un *vademécum*, es decir, como una guía para aquellos lectores curiosos de las rarezas europeas. Era y es también una partitura y una suerte de diccionario o atlas cultural, una suerte de nuevo *Cortésano* al estilo del estampado siglos antes por Baldassare Castiglione. Sin embargo se trata de un

libro típicamente hispanoamericano y latinoamericano, cuya lectura se da como paralela no sólo a los libros poéticos de Darío —como *Azul*, *Prosas profanas*, *Cantos de vida y esperanza*— sino a las otras producciones líricas del modernismo hispanoamericano. No lo cita el inglés Malcolm Bradbury en su libro *Modernism*, como bien lo supo Cathy Login Jade en su *Rubén Darío o la búsqueda romántica de la unidad. El recurso modernista a la tradición esotérica*, traducido en México por Guillermo Sheridan, publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1983.

Si bien dice Octavio Paz que *Los raros* fueron un vademécum de la modernidad, hay que admitir que para muchos —incluidos los modernistas mismos y hasta el propio otoñal Rubén Darío— la “modernidad” era en su origen un híbrido de grandilocuencias derivadas del romanticismo y el simbolismo, y las letras de la decadencia. No en balde los raros eran vistos como bohemios. La oportuna nota que hace Schmigalle de esta categoría entre étnica y cultural es sintomática de los profundos malentendidos que puede encerrar la caja de sorpresas y contradicciones que es el álbum de *Los raros*: panorama de especies en extinción, paisaje de destinos malditos, panoscopio de personas que hacen de la religión del arte (así se llamó, por cierto, una selección de la correspondencia de Gustave Flaubert), una religión decadente o terminal, valga la paradoja, una religión crítica. Y es este aspecto corrosivo, subversivo y hasta revulsivo el que hizo de *Los raros* algo así como una autobiografía

colectiva de una época desvivida por buscar en el mundo un sentido y un lugar distinto del mundo. De nuevo, solamente desde los confines de Hispanoamérica podía inventarse semejante espejismo: el de un cosmopolitismo prometedor, híbrido de arcaísmo y futurismo.

Rubén Darío publicaba en *La Nación* una sección que durante cierto tiempo se tituló “Los raros”. Había heredado esta tribuna de José Martí, según informa Ricardo Gullón en el prólogo al libro *El modernismo* de Juan Ramón Jiménez. De esa serie saldría la idea del libro. El valor de la reciente edición de Günther Schmigalle¹ estriba en reconstruir la secuencia cronológica de las contribuciones de Darío a ese diario. Sin embargo, hubo algunos otros “raros”, como Federico Nietzsche —según informa Schmigalle— de quien publicó Darío el 2 de abril de 1894 una semblanza que no llegó a incluir.

Cruzó Rubén Darío como un meteoro el firmamento, como una estrella fugaz atravesó el desierto, la pradera y el páramo, las ciudades y las cordilleras: en él se aprecia la velocidad de la inteligencia. Va rápido, llega en el momento oportuno para conocer a Paul Verlaine en París, a José Martí en La Habana, a Marcelino Menéndez y Pelayo y a Amado Nervo en Madrid, a Lugones en Buenos Aires y a muchos otros amigos, escritores, pintores, empresarios, generales.

Darío escribe sobre autores que ha leído y conocido, es el árbitro de las rarezas y de su linaje, como dice

¹ Rubén Darío. *Los raros*,... op. cit.

Julio Ortega, los retrata y presenta para divulgar al gran público el valor de un conjunto de estrellas ignoradas o desaparecidas, a veces casi inventadas, como el caso del fray Domenico Cavalca; no pocas veces los traduce y, como en el caso de Moréas, comunica al público del periódico, como si fuesen un secreto, las hojas manuscritas que le deja ver el autor. Esta hábil estrategia literaria le confiere a sus crónicas una intimidad que convoca la complicidad del lector y confiere a sus crónicas una insuperable y envidiable inmediatez que es acaso uno de los ingredientes del éxito de este libro tan literario y a la par tan casual y tan premeditado. La ecuación, expresada por Saúl Yurkievich, que asocia cosmopolitismo y futurismo, se hace realidad en Darío. Hablar del bárbaro, del meteco, del anarquista o del místico es una forma de interrogar al futuro. En ese sentido, se podría considerar que *Los raros* es un libro profético no tanto o no sólo por sus contenidos sino por sus medios, instrumentos y estrategias.

Los homenajes que hace Rubén Darío en sus páginas de y sobre *Los raros* no están hechos desde fuera, sino desde dentro. La cuidadosa anotación que hace el filólogo alemán Günther Schmigalle pisándole los talones a la escritura de Darío hace ver hasta qué punto la gozosa escritura del poeta se regodea y alegra, se acompaña en la paráfrasis, compendio y apunte de los poemas de sus amigos admirados y amados que gustan lo mismo que él: el medioevo, las edades heroicas, las atmósferas imantadas

de aquellas edades del sueño romántico. El observador se metamorfosea en lo observado, el filólogo que anota no juzga, pero precisamente apunta, acota y se hace eco de la música de la prosa con la caja del aparato referencial.

Los raros: semblanzas, tributos y apologías que presentan otras tantas posibilidades encarnadas de la poesía en el mundo. Esas encarnaciones están trabajadas y trabadas en una exposición que tiene unidad de tiempo y de espacio. Casi todos los árboles de este bosque imaginario crecen en París; están arraigados en una época o más bien contra una época. No son realmente contemporáneos sino extemporáneos: afirman en su siglo otros siglos, en particular ciertos momentos de la Europa feudal. A estos raros de Darío, les es ajena la política, la ciencia, pero están devorados por una pasión: el entusiasmo por el arte; aspiran a lo divino: viven entusiasmados, cautivos de contemplaciones gozosas, sueñan de espaldas a la ciudad, al dinero, pero están abiertos invariablemente al soplo de la religión y de lo sagrado. Su devoción es, valga la redundancia, una devoción enrarecida, quintaesenciada, rala, improbable. No son, no pueden ser, personas comunes y corrientes: están tocados por la excentricidad, y es ese estar fuera de todo centro que no sea el inapresable de la poesía el que les confiere, de rebote, una actualidad chocante, insospechada, a pesar de que muchos de esos nombres no le digan nada al lector contemporáneo a menos que venga en su ayuda el salvavidas crítico del doctor Schmigalle.

Los raros puede ser leído también como un libro de viajes. El de las peregrinaciones es en efecto un leit-motiv en la poesía del autor de *El canto errante*. Los raros es también un espejo en prosa de la poesía, de la palabra y del proyecto poético de Rubén Darío. Más allá de la edición que estamos comentando ahora, casi se podría caer en la tentación de hacer una edición anotada de *Los raros* llamando la atención sobre ciertos poemas y versos diseminados en su obra. Ir y venir, desde luego —en prosa, verso, traducción y contemplación— a París y a Francia, pero también a Estados Unidos (Nueva York), Cuba, Buenos Aires y Chile.

Darío no postula que *Los raros* estén *Contra Sainte-Beuve*. Muy al contrario de Marcel Proust, piensa implícita y explícitamente que la persona sustenta la personalidad y que ésta, a su vez, explica el carácter, el talante y la inclinación de la figura destacada por la mirada crítica. No piensa Darío, al revés de Mallarmé, a quien ciertamente conoce, que entre la persona y el sujeto elocutorio que habita y construye el poema, pueda y deba haber una distancia. Proust mismo al titular su libro de crítica literaria *Contra Sainte-Beuve* quizá estaba mintiendo con los labios cuando —como diría Zaratrústa— su hocico confesaba otra cosa. Darío piensa y cree, como el naturalista francés Buffon, que el estilo es el hombre (diríamos ahora, el ángel o el animal). De ahí que, en un autor como Darío, la atención filológica y crítica sea más que necesaria,

pues el texto de aquél que cree en la propia identidad debe estar más expuesto a las vacilaciones y mudanzas.

Los raros abrevan en una tradición del retrato y del ensayo literario al estilo de Saint-Beuve y de otras obras afines que están a medio camino de la historia y la autobiografía como pueden ser la *Historia del romanticismo* de Théophile Gautier o los ensayos de autobiografía e historiografía literarias con que Alphonse Daudet acompañó la edición definitiva de sus obras.

Al poeta Darío le interesan las personas y las describe —véase el ejemplo de Edgar Allan Poe, a quien no conoció, o de José Martí, a quien sí encontró— con un sentido de lo humano y de la humanidad. En las páginas que redacta sobre Poe, Darío da una de las claves para comprender la galería de *Los raros*:

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad 'la enfermedad del ensueño'. Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, *lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz.* Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio.²

² Rubén Darío. *Los raros...*, op. cit., p. 123. Subrayado mío.

Desde su título Rubén Darío enuncia, evidencia y clarividencia el hecho de que la cultura en la era de la reproducción técnica, en la edad de la dictadura de las masas y de la uniformidad industrial ha de orientarse hacia lo inusitado y periférico, hacia lo excepcional, no susceptible de reproducción mecánica, hacia lo egregio, hacia los límites de lo humano y urbano. De ahí que sea más que sintomática la inclusión en esta galería del ensayo sobre el médico y “humanista” Max Nordau, abogado de los valores materiales e inquisidor clínico —casi perseguidor— de los excéntricos que desde el arte ensanchan la posibilidad humana.

Se pueden leer los ensayos de *Los raros* como una colección de los evangelios de la poesía moderna, una leyenda dorada que cuenta la vida de los que han buscado la santidad por la palabra. No, no es extraño que estos “cristos del arte” no todos crean en Cristo ni sean creyentes —aunque sí, desde luego, Paul Verlaine³—: el

³ Paul Verlaine escribió en *Fetes galantes* el soneto “Sur le Calvaire” que quizá, más que cristiano, es de un animismo y paganismo radical. Cabe recordar que en la serie de “Liturgias íntimas” el cristal cristiano se funde en poesía y cabe tener presente que en los poemas de *Sagesse*, que aunque publicado en 1889 ha traído cargando durante varios años antes, se da un sentimiento dolorido y doliente, angustiado que desde luego se puede llamar cristiano, y que ese sentimiento es quizá una de las cuerdas que tocaron al autor de *Los raros* en donde aflora un sentimiento religioso.

peso de su propia cruz no les permite quizá ni siquiera imaginar otra. Desde esta perspectiva, resulta inevitable que Darío haya incluido en su libro de ejemplos el anti-ejemplo que representa la obra del médico Max Nordau: *Degeneración*. La obra del alemán es juzgada por Darío con humor y condescendencia y le sirve para hacer un simpático y, a la par, incisivo repaso de las relaciones entre medicina y literatura, al tiempo que se burla discretamente del publicista. En el mismo apartado sobre Nordau, Darío menciona al ilustre “profesor de la Salpêtrière”, Jean-Martin Charcot, cuyos trabajos influyeron en “la génesis del psicoanálisis de Freud”. Schmigalle señala oportunamente que Charcot tuvo entre otros alumnos a un amigo de Rubén Darío, el médico nicaragüense Luis H. Debayle.⁴

La forma en que Rubén Darío retoma y repasa el libro de Max Nordau habla de la inteligencia de Darío y de su capacidad para superar y asimilar las contradicciones en forma elegante y crítica, como señaló el crítico peruano Julio Ortega.⁵ La presencia en *Los raros* del ensayo sobre *Degeneración*, que justamente acusa los rasgos decadentes y supuestamente degenerados de los escritores modernos —de Nietzsche a Verlaine y a Rimbaud—, imprime al libro un horizonte de segundo grado y

⁴ Rubén Darío. *Los raros...*, op. cit., pp. 132-133.

⁵ Julio Ortega. “Introducción general”, en Darío, *Obras completas...*, op. cit., pp. 9-25.

hace que sus apologías queden como galvanizadas por un sesgo irónico y autocrítico. Por otro lado, las notas oportunas del profesor Günther Schmigalle hacen que las aguas en que nadan *Los raros* recobren toda su vitalidad y vivacidad y hasta le presten al libro actualidad inusitada.

Los raros no disimula su juego con destreza de prestidigitador de alta escuela. Darío asocia al doctor Max Nordau con el personaje del aristócrata Villiers de l'Isle-Adam, el doctor Tribulat Bonhomet, otro “profesor de diagnosis”, autor de la *Moción respecto a la utilización de los terremotos*. Al igual que Nordau, Bonhomet odia a los místicos y a los artistas y había imaginado recluirlos “en lugares donde fuesen frecuentes los temblores de tierra” y ponerlos en “grandes edificios de techos de granito”, para que los temblores los aniquilaran al ritmo de “la inquietante onomatopeya: Krrraak!!!”⁶ ¿No es curioso que un siglo después una generación de escritores mexicanos (Jorge Volpi, Ignacio Padilla, Juan Pedro Palou, et. al.) haya coincidido en la resurrección de esa sonora onomatopeya: *Crack?*

Lo que está en juego en *Los raros* es el papel del poeta en la sociedad, el lugar del canto y del cantor en la ciudad. Rubén Darío no solamente exalta las figuras de algunos poetas y escritores visionarios, sino que en su sátira de Max Nordau insinúa que no será tan sencillo expulsarlos del ágora y que en última instancia una estética del utilitarismo primario que

⁶Darío. *Los raros...*, op. cit., p. 146.

suprimiera la enseñanza de las humanidades sería, en cierto modo, contraproducente para la civilización misma que se salva a través de los artistas de ese otro krrraaaak de la demolición total pregonada por Nordau.

Los raros de Rubén Darío aparece a un siglo de su publicación como un reloj diseñado para marcar las horas no que progresan sino que regresan: la moda, el estilo, 1900 tiene sus exquisitos y místicos, sus snobs y sus anarquistas, sus bohemios y sus perversos, sus amigos, sus enemigos, sus excéntricos y sus corruptores —figuras todas llamadas a regresar a la escena un siglo después.

No lo dice Darío pero su libro no hubiese sido posible sin el ejercicio libérrimo de sus crónicas escritas antes, durante y más tarde recogidas en *La caravana pasa*,⁷ serie de crónicas sabiamente anotadas antes por Schmigalle, quien por cierto tampoco lo dice.

En *Los raros* aparece la figura de “un escritor anarquista, el amado Tailhade, quien dijo que importaba poco el crimen cometido por [el anarquista] Vaillant, ante la hermosura de su actitud y de su gesto al despedir la bomba”,⁸ en palabras de Emilio Castelar. Este anarquista exquisito precursor del simbolismo, provocador discípulo de Rabelais es objeto de una rara distinción por

⁷ Rubén Darío. *La caravana pasa...*, op. cit., Libro tercero, 2001; Libros cuarto y quinto, 2004.

⁸ Rubén Darío. *Los raros...*, op. cit., p. 223.

Rubén Darío, quien inicia y termina su retrato en *Los raros* con dos frases casi muy parecidas: “Rarísimo. Es, ni más, ni menos, un poeta”⁹ y “Es raro, rarísimo. ¡Un poeta!”.¹⁰ El olvidado Tailhade era uno de los aficionados de fines del siglo XIX a la poesía medieval: “Para escribir estos poemas [los de *Vitraux*] ha debido recorrer los viejos himnarios, las prosas, los antiguos cantos de la iglesia; las secuencias de Notker, las de Hildegarda, las de Godeschalk, y las poesías de aquel divino Hermanus Contractus que nos dejó la perla de la *Salve Regina*.”¹¹

Entre *Los raros* y la obra poética de Rubén Darío se da un diálogo incesante como muestran, de un lado, los poemas que dedica a algunos de los protagonistas de su libro, por ejemplo, los medallones consagrados a Leconte de Lisle o a Catulle Mendès; y por el otro, los versos, alusiones e inspiraciones diversas que encuentran aliento en los poemas, desde Victor Hugo —su gran maestro y modelo— hasta Mallarmé, pasando por Morèas y por los demás. En *Los raros* trabajan desde adentro, desde antes y después de su publicación, los escritores mencionados, además de Paul Verlaine y las sombras de los griegos transcritas y traducidas por el nicaragüense.

En su “Introducción general” a la *Poesía* de Rubén Darío por Galaxia Gutenberg, el crítico peruano Julio Ortega señala:

⁹ *Idem*, p. 220.

¹⁰ *Idem*, p. 235.

¹¹ Rubén Darío. *Los raros*, op. cit., pp. 227-228.

Sus testimonios de la lectura y el viaje, por ello, son otro de los mapas de la conversación que formaliza. Y la arqueología de este territorio de la crónica (tiempo historiado como pasajero) revela hasta qué punto la obra de Darío encarna el encuentro de las temporalidades americanas en el acto liberador de la lectura. Lo vemos en su libro modélico, *Los raros* (1896), hecho, como *Cantos de vida y esperanza*, en el fervor de los viajes, las lecturas y la amistad. A tal punto, que es éste un libro que se imprime casi al mismo tiempo que se compila, y que es disputado por uno de sus posibles ‘raros’ (Lugones), y que se prologa en la crítica de sus lectores severos (Groussac), a quien Darío responde prometiéndole categoría de rareza. No extraña que Darío habrá de convertir este libro en término de referencias de su juventud plena de interlocutores.

Cuando Leopoldo Lugones se enteró de que Rubén Darío había enviado a la imprenta el manuscrito de *Los raros* y que él no formaba parte del libro, le escribió una carta (el 9 de septiembre de 1896) protestando el olvido y, como buen poeta de veintidós años, reclamándole inclusión en nombre de la justicia (‘Su artículo sobre mí vale tanto como cualquier otro de los que compondrán su libro; y yo resulto en él acreedor a su buen juicio. ¿Por qué no he de ir?’, le dice). En buena cuenta, Lugones no sufría ninguna ‘ansiedad de influencia’, sino, todo lo contrario, de entusiasmo anticipatorio: quería pertenecer al linaje poético que Darío propiciaba, y le

ofrecía al inconstante maestro la oportunidad de hacer ciertas, gracias al joven meritorio, sus profecías. Si Darío con *Los raros* proveía de una librería cosmopolita al escenario modernista ('simbolista', decía él), Lugones buscaba ser leído en esa biblioteca.

Los raros podía ser un archivo transitorio pero también una genealogía del porvenir. Lugones demanda bautizo de rareza pero promete solución de continuidad. Si Darío presume estas a cargo del espacio de lo nuevo, su lectura se hará anacronista y nostálgica si no apuesta por el porvenir. Por eso lo desafía: 'pero conste que no le pido nada. Únicamente lo invito a reflexionar'. En esos gestos de reproche y desafío asoma el sistema literario forjado por Darío como un campo lectural, allí donde los nuevos escritores adquieren su identidad en la lectura. Hijos de la lectura, los jóvenes aspiran a una mayoría de edad dialógica. [...] Bien visto, estos 'raros' no dejan de serlo porque el propio Darío es el más raro, esto es, el dictaminador de la rareza. Si sentencia que alguien es raro o rarísimo, el subrayado es admirativo.¹²

En el ensayo que dedica en *Los raros* a Eugenio de Castro, Rubén Darío hace un admirable y verdadero ejercicio de síntesis de la literatura portuguesa. Queda

¹² Julio Ortega. "Introducción general" en Rubén Darío, *Obras completas. Poesía...*, op. cit., pp. 16-17, y p. 21

en la mente del lector como un símbolo el paralelo hecho por Darío entre Vasco de Gama, que le da la vuelta al mundo y regresa a Portugal con las manos llenas de tesoros, y el Eugénio de Castro que trae de su viaje interior quién sabe cuántos tesoros colgando de las manos.

Los raros es, desde luego, un álbum de familia, el retrato y autorretrato de una genealogía donde el autor está siempre presente, invariablemente incluido en el paisaje que captura: “El poeta errante se creó su íntima familia en *Los raros*, los marginales, los expulsados: Edgar Allan Poe, Paul Verlaine, Lautréamont, León Bloy, Ibsen, Martí, y otros que, como en la inmensa mayoría de los escritores, no sobrevivieron a su momento”.¹³ Tiene así el valor de una confesión o de un oblicuo testimonio donde, cuando Darío dice: José Martí, debe leerse: Darío y José Martí. Libro fraterno y de fraternidades, *Los raros* se propone como el cuaderno de regreso a un país natal, para tomar prestado el título de otro alto poeta hispanoamericano: Aimé Césaire; regreso a la casa del segundo nacimiento, regreso prospectivo y anhelante, pues se sabe que las lecturas que llevarán a la redacción de *Los raros* no fueron hechas en Argentina sino antes en Chile, en la casa de su amigo de juventud “A. de Gilbert”, el hijo del presidente de Chile Pedro Balmaceda Toro. Acaso

¹³ José Emilio Pacheco, “Prólogo”, en Rubén Darío, *Obras completas. Poesía...*, op. cit., p. 45.

no se haya enfatizado lo suficiente esta circunstancia: la existencia de unas bibliotecas sembradas por todo el continente americano: la biblioteca de los jesuitas en León, la de Managua, de la que siendo niño fue empleado, la del hijo del presidente chileno Pedro Balmaceda, y quién sabe cuántas otras. En esos depósitos estaban alojadas las municiones que harían explosión poco más tarde en la obra en prosa y en verso de Darío.

En el ensayo dedicado a Edgar Allan Poe, al citar Rubén Darío a Paul Groussac, cabe preguntarse si no hubiese cabido ahí ya no solamente la mención a las fechas de nacimiento y muerte del maestro francés residente en Argentina, sino el registro del encuentro casual del nicaragüense con el “argentino” y las conversaciones subsecuentes y cómo “idean entre ambos el calibanismo finisecular, una de las miradas más severas sobre la civilización yankee de su tiempo”.¹⁴ Cabe preguntarse si esta mención no hubiese sido pertinente sobre todo porque Paul Groussac

reseñó con cierto desdén superior *Los raros*. Darío lo había admirado desde muy temprano y lo consideraba

¹⁴ Paul Groussac (1897), *Del Plata al Niágara*. Buenos Aires: Jesús Menéndez Librero Editor, 1925, en Beatriz Colombi, “Rubén Darío y el mito de Poe en la literatura hispanoamericana”, en *Rubén Darío en su laberinto*, Edición de Rocío Oviedo Pérez, Madrid: Verbum, 2013, p. 226.

su maestro de la prosa. Se lo dice en su respuesta, y le dice también que él, Groussac, es un raro (o sea forma parte de lo nuevo); y que él, Darío había considerado incluirlo en su galería de héroes culturales.¹⁵

Esta pregunta lleva a otra: ¿debe una edición crítica atenerse solamente al texto mismo publicado por el autor en sus diversas ediciones y variantes?, o bien ¿cabría ampliar el concepto mismo de edición crítica para poder incluir en un archivo anexo complementario ciertos textos como el escrito por Leopoldo Lugones cuando éste le reclama no haberlo incluido en *Los raros* o aún el intercambio citado con Groussac, habida cuenta de que en ambos casos quizá nos encontramos con textos de cierta pertinencia para la mejor comprensión del texto y de sus circunstancias?

Europa recobra gracias a *Los raros* de Darío sus raptos y se salva de sí misma, afirma su sentido y su centro en y hacia América. Rubén Darío le da voz a las letras y a la lírica preponderantemente francesas del siglo XIX a través de 21 escritores que retrata y traduce: ese concertado coro canta, cuenta y a veces aúlla una historia trágica de vidas rotas o sacrificadas en el altar del arte... Darío se delinea como el historiador y árbitro, cronista y co-protagonista de esos episodios que a él, desde la

¹⁵ Julio Ortega. *Rubén Darío. Vidas literarias*. Barcelona: Omega, 2003, p. 128.

orilla hispanoamericana de la Europa raptada, como diría Luis Diez del Corral, le ha tocado vivir.

Se sabe que Rubén Darío publicó en Buenos Aires, en 1896, el libro-manifesto *Los raros*. Gracias a la edición anotada de Günther Schmigalle no solamente se puede saber, por ejemplo, que el nicaragüense publicó su crónica sobre el demolidor León Bloy en abril de 1894, sino que se puede rastrear, gracias a la restitución de la dedicatoria, al “Conde Kostia” (Aniceto Valdivia; 1859-1927) en La Habana, el momento en que dos años antes, a comienzos de 1892, gracias a este amigo voluptuoso de la erudición y de la bibliofilia, Darío descubre al Mendigo Ingrato, como el nicaragüense mismo recuerda —y Schmigalle rescata—. Rubén descubre en casa del Conde Kostia, en compañía de Julián del Casal, la obra de Bloy que —dice ahí— “contemplé por primera vez asombrado”.¹⁶ El dato revela que en ese Caribe, en esa América Central y más allá en Hispanoamérica la presencia de la cultura y la civilización francesas entre las minorías ilustradas era una realidad cotidiana y que en los países de Hispanoamérica se hacía cuerpo y realidad aquella Europa raptada

¹⁶“Films habaneros”, Parte II, “Diplomacia y bibliofilia”, en *La Nación*, (28 de diciembre de 1910); Rubén Darío. *Crónicas desconocidas 1906-1914*. Edición crítica, introducción y notas de Günther Schmigalle. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua / Berlín: Edición Tranvía, 2006, pp. 353-354, citado en Darío, *Los raros...*, *op. cit.*, nota 413, pp. 157-158.

a la que se ha referido el historiador español Luis Díez del Corral. Darío es uno de los frutos más sazonados y maduros de esa desbordante cultura transatlántica: Henry y William James, Edgar Allan Poe y, más tarde, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Octavio Paz, Álvaro Mutis serían exponentes de esa cartografía post-colonial.

París es equiparable en *Los raros* a una mujer fatal, a “una querida traidora”,¹⁷ capaz de asesinar a sus amantes. Darío sabía que no quería ni podía morir en París, una ciudad-espejismo riesgosa para el que busca “triunfar” en ella.

Las opiniones de Darío sobre los autores recogidos en *Los raros* podrían ser desde luego discutibles. Sobre Amado Nervo —amigo de Darío—, Miguel de Unamuno, comentando el artículo “Hablemos de literatura”, recuerda que para el mexicano: “De Groux resulta un *poseur*, y Moreas, Jean Moreas, Papadiamontópulos, si es como Nervo nos lo presenta, es sencillamente un fatuo insoportable e hinchado, que no se ha dado aún cuenta que ni será nada de aquí a veinte años, ni hoy es casi nada, fuera del círculo de *mercuriales* en que vive”.¹⁸

Schmigalle opta en su edición crítica por atenerse a la comparación de los textos de las crónicas publicadas

¹⁷ Rubén Darío. *Los raros...*, *op.cit.*, p. 107.

¹⁸ Miguel de Unamuno, “Impresiones viajeras de Amado Nervo”, en *La Lectura*, (septiembre de 1903), T. 4, pp. 816-817; en *La caravana pasa*, libro tercero, 2001, pp. 88-89.

en los periódicos y a compararlos con las variantes, cosa que está desde luego muy bien. Sin embargo, aunque conoce y muy bien los textos que escribió Darío sobre los autores de *Los raros*, pues los cita en la edición anotada de *La caravana pasa*, ha omitido en esta edición referir a esos otros textos de Darío, no recogidos en *Los raros*, sobre Paul Verlaine, Jean Richepin, Rachilde. Sobre esta última, por cierto, Darío publicó —según informa Günther Schimgalle— “un largo artículo”: una carta a Rachilde “donde explica porqué no quiso aceptar una invitación que ella le había enviado”. Rachilde, por su parte, después de la muerte de Darío, publicaría un estudio sobre él, *Revue de l’Amerique Latine*, 1 de enero de 1922, donde afirma que “Rubén Darío es un poco el Verlaine de América Latina”.¹⁹

Los raros plantean una situación analógica: se presentan como una serie de medallones, descripciones, traducciones y transcripciones de un conjunto de autores curiosos, excepcionales, singulares, marginales —místicos, anarquistas, inspirados, tocados por el sueño de la poesía, por esa socialización de la rareza de la rareza, esa divulgación y difusión de la locura del arte y de sus excéntricos agonistas y protagonistas. Y aquí cabría hacer una comparación de *Los raros* de Rubén Darío con los *English eccentrics. A gallery of weird and wonderful men and women* de Edith Sitwell

¹⁹Rubén Darío. *La caravana pasa*, libro tercero..., *op. cit.*, p. 16.

(1887-1954) casi los mismos años, casi los mismos mundos (qué lástima que Darío no hizo más retratos de raros hispánicos, ¿verdad?).

Los raros tiene al menos dos vertientes: de un lado, el libro es una historia de ciertas especies literarias en extinción; del otro, busca en cada uno de los retratos un vislumbre de utopía y de futuro, una luz de esperanza. La economía de la rareza se afirma como una economía del derroche, que está regida por leyes muy distintas de las del intercambio capitalista. *Los raros* son, por definición, soñadores, estandartes o representantes, encarnaciones vivas de una edad de oro de la poesía y aun de la justicia que se enfrentan al orden pedestre, utilitario y sanchopanzesco de personajes como ese otro doctor inverosímil, el doctor Max Nordau. *Los raros* se instaló en el imaginario hispanoamericano como una guía de vida, sentó sus reales como una cartografía a seguir y hasta como una cantera de estilos de vida, usos y costumbres, modelos y formas de relación y de comunicación, como un verdadero modelo para armar modelos y construir formas de pensamiento y sentimiento.

En *Los raros*, en el artículo correspondiente a Paul Verlaine, Schmigalle, el editor-científico de la edición, hace casi medio centenar de notas —todas oportunas y atingentes que van de la nota 1042 a la nota 1091. Sin embargo, hay que decir que las notas que hace el mismo Schmigalle a la introducción del libro III de *La caravana* pasa sobre las relaciones entre Paul Verlaine y

Rubén Darío hubiesen cabido muy bien en la anotación del ensayo dedicado por Darío a Verlaine en *Los raros*. En particular las que se refieren al encuentro con Verlaine contado por el propio Darío en distintos momentos y, en específico, el pasaje donde Darío refiere su encuentro con el poeta francés en su autobiografía, así como la valiosa referencia al poema “Litterature” donde se habla de “La gloria” (*La gloire*) publicado en la *Reuve Blanche*. Dice Darío acerca de ese encuentro: “Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fue posible y concluí con la palabra gloria... Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: ¡la gloire!... ¡la gloire!... ¡M... M... encoré...! (¡la gloria !... ¡la gloria !... ¡M... M... todavía más!)”²⁰

Esa respuesta de Paul Verlaine, el “hermano trágico de Villón a Darío” sobre el sentido y sustancia de “la gloria” había sido prefigurada en cierto modo por Verlaine cuando escribió: “lo que se llama la gloria / con el derecho al hambre / a la Miseria Negra / y casi a los gusanos [*la vermine*]. Eso es lo que se llama la gloria”.²¹ La respuesta de Paul Verlaine al entusiasta

²⁰ Rubén Darío. “Autobiografía”, *Obras completas*, t. 1. Edición de M. Sanmiguel Raimúndez. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950, pp. 103-104; en *La caravana pasa*, libro tercero, *op. cit.*, p. 15.

²¹ Verlaine, en Rubén Darío, *La caravana pasa*, libro tercero, p. 15.

y joven Darío de 27 años pone el dedo en la llaga sobre el proyecto mismo de *Los raros*, esos “artistas del hambre”, voluntariamente sacrificados a los equívocos del exhibicionismo que necesariamente acompaña al poeta y al escritor que decide hacer de su vocación una cuestión pública y que expondrá al juicio y al tribunal de la razón y de la sensibilidad sus creencias, valores, ideas e ideales, sus costumbres más íntimas, en fin, sus heces, su mierda, su miseria, su hambre material y de afecto que confesarán así sus deformidades más inconfesables. Desde ese punto de vista, necesariamente provocador, cabría decir primero que Darío tiende un velo pudoroso sobre *Los raros*, pero que acaso su editor, al levantarlo, aspira a hacer de la edición una ciencia de la totalidad legible del texto y que no se debería permitir el lujo de sustraer esas noticias sobre todo si es sabido que las maneja y domina.

El desencuentro de Darío con Paul Verlaine, como apunta el mismo Schmigalle en su edición al tercer tomo de *La caravana pasa*, determinó que Darío renunciara a conocer personalmente a José María de Heredia, Madame Rachilde, Jean de Richepín, Catulle Mendès.²² Esa reticencia llegaría a ser casi una política, aunque Darío sí conoció y trató a Jean Moreas. Hubiese sido muy instructivo que Schmigalle preparase algunas páginas en la introducción

²² Quien si no figura entre los raros es por casualidad.

sobre aquellos autores que hubiesen podido figurar en el libro: Leopoldo Lugones sería uno de ellos, Paul Groussac, otro, Catulle Mendès, un tercero...

El encuentro-desencuentro con Paul Verlaine “uno de los raros” es un encuentro con la figura de François Villón —ese “hermano trágico” de Verlaine, según Darío— y con su testamento y vida aventurera y peligrosa: a Darío le fascina la vida en las orillas, en los bajos fondos y tiene una consciencia nostálgica de los dorados tiempos pasados, pero quién sabe si se atrevió a identificarse hasta los huesos con aquella vida tenebrosa pero risueña. Dice Verlaine: “Y es mi maestro en Apolo, / pero el hombre es otra cosa. / Idolatro a François Villón / pero cómo hacer para ser él”, “Nada tonto me asimilo los dos testamentos”.²³

Otra vuelta de tuerca a *Los raros* es el considerarlos escritos por un entusiasta y talentoso arribista latinoamericano, en parte príncipe de las letras, y en parte “rastacuero”, decidido no a “hacer la América”, sino a “hacer la Europa”, es decir, a buscar el triunfo y el éxito en el mundo con un pie en el viejo continente y otro en el nuevo. Para entronizarse y sentar sus reales en América. Este talento lo tuvo, desde luego, el entusiasta y talentoso, mundial, Darío tan dispuesto a comerse el mundo.

²³ Paul Verlaine “Triolets”, en *François Villon, Œuvres complètes*; Ed. Jacqueline Cerquiglini-Toulet, con la colaboración de Laëtitia, Bibliothèque de la Pléiade, París, Gallimard, 2014.

En alguna página en prosa, la poeta polaca Wysława Szymborska (1923-2012) recordaba cómo en la Polonia del siglo XIX la riqueza, los muebles de la casa, el vestuario seguían la moda francesa: todo era importado, igual que en la Francia del siglo XVIII, según recuerda para España el historiador René Pomeau. Podría quizá hacerse un paralelo con América Latina donde en Centroamérica y el Caribe todo era importado: *Los raros* respirarían en ese mundo transatlántico que establece paralelos entre la alta cultura, el lujo y la cultura francesa, sus raíces grecolatinas y las comunidades imaginadas, para saludar al historiador Benedict Anderson (1936-2015). “Darío, embelesado con París y con las letras francesas, escribe *Los raros* [...] Que la literatura es una cosa y los literatos son otra; Darío lo da a entender en su prólogo a la segunda edición de *Los raros* [...] Que la literatura francesa es la más rica, la más variada, la más humana del mundo, el Darío de *Los raros* lo sabe”.²⁴

Los raros: un carrusel de entrevistas y testimonios con las esfinges que son los artistas de fin de siglo. *Los raros* se abre como un libro mudo: libro que habla no tanto de las esfinges como del enigma que transmiten. Ese enigma es el silencio: *Los raros*: una celebración del silencio. No en balde incluye un capítulo dedicado a “el arte en silencio”.

²⁴ Günther Schmigalle. “Introducción”, Rubén Darío, *La caravana pasa...*, op. cit., pp. 10-11

Leyendas mexicanas de Rubén Darío

Seguido de "Huitzilopxtli"

I.

LA IDEA DE MÉXICO, con sus cráteres que vierten lavas, para frasear el poema dedicado a Díaz Mirón, brilla en la frente de Rubén Darío como una estrella. México, cuyo extremo sur colinda con Guatemala, estuvo presente desde los años mozos del joven poeta centroamericano hasta sus últimos años (recuérdese el viaje a México de 1910). México marcó a Rubén Darío (1867-1916) no sólo con sus monolitos y azulejos legendarios sino, por ejemplo, a través de aquel preceptor tan ignorado como exigente, Ricardo Contreras, a quien el poeta dedica uno de sus primeros ejercicios en verso que desatarán la censura y dictamen negativo de su maestro y que a su vez dispararán uno de los primeros poemas extensos: "A Ricardo Contreras" (véase más adelante) donde queda manifiesta su capacidad de juego y desdoblamiento irónico.

Rubén Darío tuvo muchos y muy buenos amigos en México. Es tan selecta como significativa la lista de sus amistades: Amado Nervo en primer lugar, los pintores Alfredo Ramos Martínez y Ángel Zárraga, Enrique Guerra, Fidencio Nava, Francisco A. de Icaza, Justo Sierra, Federico Gamboa y, sobre todo, el general Bernardo Reyes, que heredará a su hijo Alfonso la devoción por el poeta. Los nombres de estos poetas, pintores, educadores, periodistas, políticos, filólogos e historiadores reflejan la versatilidad artística de Darío, la amplitud de sus intereses, presentes tanto en su poesía como en su obra en prosa.¹ Desde sus años de formación, Darío había estado en contacto con México a través de las traducciones de los *Poetas bucólicos griegos* y las *Odas de Píndaro* hechas por el humanista y obispo mexicano José Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), según informa Ernesto Mejía Sánchez.² También consta que reconoció en el poeta Salvador Díaz Mirón (1853-1928) a uno de sus maestros en el santo oficio del verso y en la experiencia de la poesía

¹Véase “1. Rubén Darío” en el texto de María Rosaria Alfani “El apogeo del modernismo”, en Dario Puccini y Saúl Yurkievich, *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica II*. Traducción de Juan Carlos Rodríguez Aguilar, Eliane Cazenave, Beatriz González Casanova. México: FCE, 2010, pp. 43-55.

²Ernesto Mejía Sánchez. *Cuestiones rubendarianas*. Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1970, p. 157.

como un arte de vida. Darío, al llegar a México, en septiembre de 1910, una de las primeras cosas que hizo, como quien realiza una peregrinación, fue visitar la casa del autor de *Lascas* a quien había dedicado un soneto en *Azul* (1888) y al que no pudo, simbólica y lamentablemente, encontrar. Darío “desde antes del viaje a Chile, en 1885, había escrito una ‘Revista literaria de Centroamérica’, la primera pieza suya que se publica en México, colaboración especial para la *Revista Latinoamericana*”³ dirigida por Francisco de la Fuente Ruiz, según consigna Ernesto Mejía Sánchez. A su historia con México la marca el viaje frustrado o interrumpido que hizo a estas tierras en 1910, a los 43 años. Darío sabía que este viaje era muy importante para él, hasta el punto de que desde el 15 de julio y hasta el 11 de septiembre de 1910 lleva —cosa excepcional— un *Diario mexicano*. No llegó finalmente a la ciudad capital a donde se le había invitado en forma oficial —por parte del gobierno nicaragüense y luego por el mexicano— a participar en las ceremonias del Centenario de la independencia de México. No es del todo conocido que desde 1908 su amigo Justo Sierra había pensado en traerlo a México.

³ *Idem*, p. 13.

II

El viaje a México fue una verdadera “odisea”, como le diría a Juan B. Delgado en 1914.⁴ Con ese periplo el nicaragüense puso punto final a su singular itinerario diplomático y a las eventuales humillaciones por la tornadiza política exterior de su querida Nicaragua. Poco después de la aventura mexicana, a la vez ascenso triunfal y descenso a los infiernos (véase el cuento “Huitzilopochtli”), Darío intentará suicidarse en La Habana: “Darío está con el sistema nervioso destrozado y trata de restaurarlo con *whiskey and soda*. La crisis culmina en los extremos de la locura e intenta arrojarle por un balcón”.⁵ Ese viaje pondría al desnudo a los ojos del poeta las ambigüedades del éxito mundano y político. Lo llevaría, a partir de 1910, a una aguda percepción de la condición otoñal, crepuscular, de la aventura humana. Quien haya leído las crónicas políticas de *La caravana pasa*⁶ advertirá hasta qué punto Darío era consciente de que el mundo

⁴ Darío en México. *Un ambiente enrarecido*. Coordinación y prólogo de Fernando Curiel Defossé, cronología general, crónica día a día y rescate documental de Edwin Alcántara Machuca, Octavio Olvera Hernández y Antonio Sierra García, Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales. México: UNAM, 2014, p. 141.

⁵ Edelberto Torres. *La dramática vida de Rubén Darío*. 3ª ed., México: Grijalbo, 1958, p. 171.

⁶ Rubén Darío. *La caravana pasa...*, op. cit., 2004.

despertaba, a principios del siglo, a la realidad de la modernización, la violencia, la uniformidad y la destrucción.

III

Al pisar las tierras alguna vez habitadas por Moctezuma, Darío cayó en “un ambiente enrarecido”, como subtitula a su exhaustivo rescate documental *Darío en México* Fernando Curiel.⁷ Llegó y no llegó, afortunadamente: quizás si hubiese sido recibido por Porfirio Díaz hubiese terminado escribiendo un poema como el desafortunado del otro embajador nicaragüense, cuyo nombre parecía un seudónimo: Santiago Argüello con versos que rayan en lo ridículo: “la gratitud de un pueblo, señor, por ti delira”.⁸ No fue así.

IV

El poema dedicado a su maestro y censor Ricardo Contreras es una pieza compleja donde ya asoma el Darío maduro, capaz de castigar e indultar, aprender y superar lo aprendido. Este preceptor mexicano hizo una crítica a su muy joven y talentoso discípulo a propósito de la silva “La ley escrita” cuyos temas eran Moisés y el pueblo judío. El preceptor mexicano, radicado en Nicaragua, publicó un artículo “La ley escrita de Darío”.⁹ Darío lo consideró injusto y aun

⁷ Fernando Curiel. *Darío en México...*, op. cit.

⁸ Citado por Edelberto Torres, p. 267.

⁹ *El Diario de Nicaragua*, (16 y 22 de octubre de 1884).

alevoso, pues se encarnizaba en la producción de un aprendiz. Replicó con “A Ricardo Contreras”, en 123 tercetos formulados en una elegante epístola. El crítico peruano Julio Ortega destaca el valor de este “coloquio poético”, su “humor literario, complicidad e ironía”, su “desenfado”¹⁰ y la forma en que Darío hace de la lectura intensa y de la crítica una forma de apropiación y superación del otro y de sus argumentos. Darío se defiende y burla un poco de su maestro: lo llega a acusar magistralmente de “muchachicidio”. Lo interesante de este poema, sin embargo, es que en él Darío afirma la posibilidad y la necesidad de una imaginación poética americana —uno de los temas profundos del imaginario y la prosodia darianas—:

¿América la joven, no está llena
de inspirados cantores? ¿Desde el Plata
a la región que baña el Magdalena,

un glorioso rumor no se desata?
Pues aquí en nuestra tierra, ¿ya no empieza
a despertar la poesía, innata

en juveniles almas, con grandeza?
Pues ¿no canta Bernal? ¿Justos laureles
no ciñen de Gavidia la cabeza?

¹⁰ Julio Ortega. *Rubén Darío*. Barcelona: Ediciones Omega, 2003, p. 79.

Mira, Ricardo, no te desconsueles;
busca, y encontrarás piedras preciosas,
que no sólo tenemos oropeles.

Cubren ocultas y olvidadas losas
a Batres, a los Diéguez, a Zamora,
quienes pulsaron liras poderosas,

y la Fama repite en voz sonora
sus nombres y memorias venerandas,
y la Central América los llora.

Este texto de juventud prelude otros —como señala Julio Ortega— escritos más tarde en diálogo y escaramuza con Miguel de Unamuno y con Paul Groussac.¹¹ De esa imaginación poética americana, de la cual no está excluido México, en su vertiente satírica y coloquial es prenda esta composición que, como una navaja de tres filos, incluye la burla, lo burlado y el burlón. A los ojos de Darío, la imaginación poética y crítica de lo americano está encerrada como un león rugiente o un dolido dios en el destierro en la oda “A Colón”, donde conviven la sátira y la política desnuda de las ilusiones americanas.

¹¹ *Idem.*, pp. 128-139.

A Colón¹²

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
tu india virgen y hermosa de sangre cálida,
la perla de tus sueños, es una histórica
de convulsivos nervios y frente pálida.

Un desastroso espíritu posee tu tierra:
donde la tribu unida blandió sus mazas,
hoy se enciende entre hermanos perpetua guerra,
se hieren y destrozan las mismas razas.

Al ídolo de piedra reemplaza ahora
el ídolo de carne que se entroniza,
y cada día alumbra la blanca aurora
en los campos fraternos sangre y ceniza.

Desdeñando a los reyes nos dimos leyes
al son de los cañones y los clarines,
y hoy al favor siniestro de negros reyes
fraternizan los Judas con los Caínes.

¹²Rubén Darío, “A Colón”, *Poesías completas*, edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte; aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmas, undécima edición, Madrid: Aguilar Ediciones, 1968, pp.703-704.

Bebiendo la esparcida savia francesa
con nuestra boca indígena semi-española,
día a día cantamos la Marsellesa
para acabar danzando la Carmañola.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques,
soñadas libertades yacen deshechas.
¡Eso no hicieron nunca nuestros Caciques,
a quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,
ceñidas las cabezas de raras plumas;
¡ojalá hubieran sido los hombres blancos
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla
de la raza de hierro que fue de España,
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla
con la fuerza del indio de la montaña.

¡Pluguiera a Dios las aguas antes intactas
no reflejaran nunca las blancas velas;
ni vieran las estrellas estupefactas
arribar a la orilla tus carabelas!

Libres como las águilas, vieran los montes
pasar los aborígenes por los boscajes,
persiguiendo los pumas y los bisontes
con el dardo certero de sus carcajes.

Que más valiera el jefe rudo y bizarro
que el soldado que en fango sus glorias finca,
que ha hecho gemir al Zipa bajo su carro
o temblar las heladas momias del Inca.

La cruz que nos llevaste padece mengua;
y tras encanalladas revoluciones,
la canalla escritora mancha la lengua
que escribieron Cervantes y Calderones.

Cristo va por las calles flaco y enclenque,
Barrabás tiene esclavos y charreteras,
y en las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque
han visto engalonadas a las panteras.

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!

V

“Salvador Díaz Mirón” se titula el soneto incluido por Darío al final de *Azul* en la sección Medallones. La

compañía en que se incluye al veracruzano —Walt Withman, Catulle Mendés, Leconte de Lisle— sugiere el alto aprecio en que tenía Darío a este “poeta bárbaro”, representante del Parnaso en los trópicos —como acaso los tigres y el jaguar en la poesía de Leconte de Lisle— y cuya casa, en Xalapa, a orillas del Parque de los Berros, próxima a la casa de Sergio Pitol, lector del nicaragüense, iría a visitar durante ese peregrinaje expiatorio que fue el malhadado viaje a México.

Salvador Díaz Mirón

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
que aman las tempestades, los océanos;
las pesadas tizonas, las férreas clavos,
son las armas forjadas para tus manos.

Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
del arte recorriendo montes y llanos,
van tus rudas estrofas jamás esclavas,
como un tropel de búfalos americanos.

Lo que suena en tu lira lejos resuena,
como cuando habla el bóreas, o cuando truena.
¡Hijo del Nuevo Mundo!, la Humanidad

oiga, sobre la frente de las naciones
la hímica pompa lírica de tus canciones
que saludan triunfantes la Libertad.¹³

VI

Las experiencias relacionadas con México y con los mexicanos están ligadas de alguna manera con la idea ambivalente de una utopía: la unión centroamericana, un motivo que se declinará desde los poemas precoces de la juventud hasta los de madurez del nicaragüense. Cierto, México y América Central como tales son invenciones muy posteriores a ese continuo que representó la región desde los tiempos antiguos de los mayas y de los nahuas. Desde ese pasado remoto los dioses acechan, parecería decir Darío en el poema titulado “Tutecotzimí”. El poeta y el arqueólogo se dan la mano en esta fantasía que se resuelve como un viaje al pasado remoto iluminado por los relámpagos de la leyenda. Hay que decir que en aquellos años los estudios sobre el pasado prehispánico realizados en España y la América española eran más bien contados. Recuérdese que Alfonso Reyes se vio obligado a traducir del inglés de Daniel Brinton, revisado por José María Vigil, los poemas de Netzahualcóyotl que cita en *Visión de Anáhuac* (1519) (1915). Todavía están por esclarecer las fuentes que podía tener Rubén

¹³ Rubén Darío. “Salvador Díaz Mirón”, en *Poesías completas...*, op. cit, p. 540.

Darío acerca de las culturas prehispánicas. El poema narra la muerte del rey náhuatl, Cuaucnichin quien se había permitido ofrecer sangre humana en un sacrificio, a manos del héroe Tekij y de sus huestes que lo apedrean hasta que muere. Al término de la ejecución de Cuaucnichin por los pipiles conducidos por Tekij se dice:

Cuando el grito feroz
de los castigadores calló y el jefe odiado
en sanguinoso fango quedó despedazado,
vióse pasar un hombre en altavoz
un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,
alababa a los dioses, maldecía la guerra.
Llamáronle: —‘¿Tú cantas paz y trabajo?’—‘Sí’.
—‘Toma el palacio, el campo, carcajes y huepiles,
celebra a nuestros dioses, dirige a los pipiles!

Y así empezó el reinado de Tutecotzimí.¹⁴

Ese reino de paz y concordia ha sido sepultado por la historia y el progreso; le toca al poeta-arqueólogo exhumarlo con su palabra. Pero esa exhumación es, más que una utopía, una suerte de exvoto poético. En el poema aparece un cenxontle cuyo canto “deleitó al soberbio príncipe Moctezuma” “y Netzahualcóyotl el poeta se inspira.”

¹⁴Rubén Darío. “Tutecotzimi”, *Idem.*, pp. 713-718.

Desde el mirador de este poema, “Tutecotzimí”, se entiende mejor el tercer párrafo de las “Palabras liminares” de *Prosas profanas*: “... (si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y en Uxatlán, en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman”.¹⁵ Si en esas mismas palabras liminares, Darío le confiesa a su abuelo: “mi esposa es de mi tierra, mi querida de París”, habría que recordar que muchos de los mejores amigos que tuvo Darío los encontró en París, y que no pocos eran mexicanos. Tal es el caso de Amado Nervo que colaboró con él y de cuya hermana era el crucifijo con el cual moriría,¹⁶ y a quien Darío le dedicó un poema:

Amado Nervo ¹⁷

Amado es la palabra en que amar se concreta;
Nervo es la vibración de los nervios del mal.
Bendita sea, y pura la canción del poeta
que lanzó sin pensar su frase de cristal.

Fraile de mis suspiros, celeste anacoreta
que tienes en blancura la azúcar y la sal:
¡muéstrame el lirio puro que sigues en la veta
y hazme escuchar el eco de tu alma sideral!

¹⁵ R. Darío. “Palabras liminares”. *Prosas profanas...*, pp. 545-547.

¹⁶ A. Oliver. *Este otro Rubén Darío*. Madrid: Aguilar, 1968, p. 543.

¹⁷ Rubén Darío. “Amado Nervo”, *Idem.*, pp. 1,003-1,004.

Generoso y sutil como una mariposa,
encuentra en mí la miel de lo que soy capaz
y goza en mí la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi paz;
quiere lo que se aquieta, busca lo que reposa,
¡y ten como una joya la perla de la Paz!

(París, 1900).

Darío también escribió algunas líneas de su ensayo sobre los hispanoamericanos en París dedicadas al poeta nayarita. A su vez, Nervo escribiría a la muerte de Darío un poema y llevaría su amistad hasta la fraterna cortesía póstuma de ocuparse de su viuda Francisca Sánchez, la hija del jardinero de Alfonso XIII (al parecer Darío mismo fue, en su juventud, en Argentina, jardinero, según noticia de Roberto Alifano, el amanuense de Borges). Amado Nervo, Rubén Darío y Francisca Sánchez convivieron fraternalmente en París en la época en que Nervo estuvo en esa ciudad: “Aquella incómoda circunstancia de ser pareja de tres pronto se tornó en afectuosa compañía, pues Amado nada más llegar la trataba como a una verdadera princesa [...] El mexicano se convirtió en una especie de primo, o hermano de ultramar que se desvivía en afecto y muestras de cariño constantes con la pareja”.¹⁸ Dice Nervo sobre Rubén:

¹⁸ Como puede leerse en *La princesa Paca. La gran pasión de Rubén Darío*, de Rosa Villacastín y M.F. Reina. México: PRH, 2014, p. 217.

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

Hermano, cuántas veces tu espíritu y el mío
unidos para el vuelo cual dos alas ansiosas,
sondar quisieron ávidos el Enigma sombrío,
más allá de los astros y de las nebulosas.

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

¡Cuántos años intensos junto al Sena vivimos,
engarzando en el oro de un común ideal
los versos juveniles que, a veces, brotar vimos
como brotan dos rosas a un tiempo en un rosal!

Hoy, ya tu vida, inquieta cual torrente bravío
en el Piélago arcano desembocó; ya posas
las plantas errabundas en el islote frío
que pintó Böcklin... ¡ya sabes todas las cosas!

Ha muerto Rubén Darío:
¡el de las piedras preciosas!

La amistad de Rubén Darío con Amado Nervo fue
más allá de la camaradería y complicidad en París: resultó
de ese intercambio fervoroso un vaivén polinizador que
fue por demás fecundo para el desarrollo del Modernismo.

Darío se hizo presente en México a través de Nervo junto con toda la legión de *Los raros* y otros autores afines. *Los raros*, como ha señalado Pedro Lastra, no es un libro arbitrario: está compuesto como una delicada maquinaria en la cual se da un “sistema de correspondencias.”¹⁹ Además el redescubrimiento de España que hace Darío en sus ensayos de aquella época, es decir, la posterior a “La guerra del 98 y sus consecuencias americanas originan una corriente temática de gran fuerza, que va desde el libro acusatorio hasta la dolida nota lírica”.²⁰ Nervo los divulgó. Entre ambos crearon una red tan perdurable como capaz de producir ondas y resonancias más allá de los individuos, las fronteras y el tiempo. En cierto modo, en esa amistad queda sellada la actualidad ética, estética, religiosa y política del Modernismo. Amado Nervo dio testimonio de sus andanzas parisinas con Rubén Darío, de quien dejó un limpio retrato a lápiz:

Conversaba yo y burilaba al propio tiempo en mi imaginación la figura del nicaragüense. Alto, blanco, robusto: cabello corto de un castaño oscuro, ojos

¹⁹ Pedro Lastra. *Una vida entre libros: Letras de América*. Chile: FCE, 2016, p. 57.

²⁰ Manuel Durán. *Genio y figura de Amado Nervo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1ª ed. mayo de 1968, 2ª ed. octubre 1969, p. 77. Quizá cabría leer a la luz de esta amistad el ensayo “El caracol y la sirena” que Octavio Paz dedica a Rubén Darío.

pequeños absolutamente inexpresivos, nariz ancha e irregular, toda la barba bien cuidada, pero dibujada mal; toilette meticulosa; arrugados los guantes en la una mano. *Voilà l'homme*.

Hablaba lentamente, con cierta dificultad, en voz baja y apagada, sin gesticulaciones. Un gran tranquilo: a lo más el subrayado de una peculiar aspiración de la poderosa nariz de abiertas alas.²¹

Además, no sólo estuvo Nervo con Rubén Darío, sino que de cierto modo compartió con él la misma cruzada literaria: muchos de los autores incluidos en *Los raros* o mencionados por Darío fueron también trabajados por Nervo y sería interesante ver hasta qué punto sus obras dibujan un horizonte compartido: ese horizonte es una de las semillas del Modernismo.

La de Amado Nervo fue quizá, junto con la del pintor Alfredo Ramos Martínez, una de las amistades mexicanas más sólidas que tuvo el nicaragüense, además de las de Justo Sierra, Bernardo Reyes, Federico Gamboa. Les dedicó a ellos algunos textos que son significativos tanto de Darío mismo como de la amplitud de la cultura hispanoamericana que estaba en juego entre ellos.

²¹ Amado Nervo. *Obras completas*. T. II, edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero y Alfonso Méndez Plancarte, Madrid, Aguilar Ediciones, 1952, p. 343. Además véase “Rubén Darío”, *Idem*, p. 376.

La “Salutación del optimista” de *Cantos de vida y esperanza* fue uno de los poemas más citados, conocidos y aclamados de Rubén Darío en México; y consta, por Alfonso Reyes, que el general se sabía de memoria el poema y hasta lo tenía subrayado. Así lo demuestra el ejemplar que conserva la Capilla Alfonsina de ese libro y que he podido ver gracias a la gentileza de Minerva Margarita Villareal. Esto significa que al menos una parte de la elite porfiriana compartiría las ideas americanas de José Enrique Rodó y que, en consecuencia, comulgaba con el ideario americano del Ateneo de la Juventud.

Salutación del optimista ²²

Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar
[nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismática, pura, riënte,

²² Rubén Darío. “II. Salutación del optimista”, *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas*. Madrid: 1905. [Véase *Poesías completas...*, *op. cit.*, pp. 631-632].

cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!
Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio, condenasteis al noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lirás,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita,
que a la hispana progenie hizo dueña de los siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres,
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue
[músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
ni entre momias y piedras que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmachito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,

ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Únanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su
[triumfo.

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco prístino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos
[himnos.

La latina stirpe verá la gran alba futura:
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente agosto, en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.

Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
¡ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

La celebración de España o de los valores de España en América debe leerse en el marco de los ensayos y artículos que Darío escribió en su España contemporánea y la “Salutación del optimista” debe leerse en consecuencia en el horizonte regeneracionista en que se bañan muchos de los autores de la generación del 98. Acaso también esta salutación merecería un ejercicio de contrastes intertextuales con la “Oda a Colón”. Una misma fiebre hispánica los recorre.

Aparte de haber recreado pormenorizadamente el viaje a México de Rubén Darío, Alfonso Reyes ha dejado testimonio de que su padre, el general Bernardo, era amigo personal de Darío, y lo sorprendió alguna vez recitando de memoria esas estrofas. Al preguntar a Reyes, el poeta costarricense Alfredo Cardona Peña sobre *Cantos de vida y esperanza* dice:

Mi querido poeta Alfredo Cardona Peña: Muy gustosamente contesto su carta del 23 de mayo. Con *Cantos de vida y esperanza* (1905) se inicia prácticamente la etapa en que Rubén Darío —dominada ya la linda música de las Prosas profanas, que atrajo a tantos ‘modernistas’— entra en la música discordante y adquiere aquel tono personal que nadie tratará de imitar. El libro evoca para mí uno de los recuerdos más gratos. Por entonces yo estudiaba en la Preparatoria de México y vivía al lado de mi hermano Rodolfo. Aún no leía esta obra de Darío ni tenía noticia de su aparición. Fui de

vacaciones a Monterrey. En la capital había yo dejado un ambiente de desconfianza e incomprensión para la nueva poesía. Aún no empezaba yo a frecuentar el mundo literario y sólo me llegaban opiniones de gente no responsable, que hacía sorna de cuanto no fuera Peza o Plaza, a lo sumo Flores (y Flórez). He aquí que mi padre me recibe recitando de memoria la *Salutación del optimista* y ‘Yo soy aquel que ayer no más decía’... Aunque siempre me había yo sentido cerca de mi padre, en muchas de mis aficiones, no esperaba yo estar tan cerca. ¡Y mi padre no era “intelectual”, ni pretendía estar al tanto de las modas! Le guiaba su genio y su instinto. Aún conservo, con anotaciones de su puño y letra, el ejemplar de los *Cantos* que de él heredé. Lo conservo con la emoción y la alegría de este entendimiento cordial entre dos generaciones a cuarenta años de distancia. Mi padre conoció personalmente a Rubén Darío en París, por 1911. Éste lo menciona con gratitud en su libro autobiográfico y, cuando mi padre murió, en 1913, le consagró una expresiva página, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare. Todo esto dicen para mí los *Cantos de vida y esperanza*. Junio de 1955.”²³

Tanto los tramos de la autobiografía de Darío relativos a México como las páginas escritas por el nica-

²³ Alfonso Reyes. “Sobre los *Cantos de vida y esperanza*” en *Obras completas*, México: FCE, 1989, p. 559.

ragüense sobre el general Bernardo Reyes “Shakespeare en la política hispanoamericana”, deben recordarse.²⁴

VII

El derecho divino de los Reyes que alimenta el sueño de los poetas se refleja en la página “La tumba de los nuevos Átridas”, escrita por Darío al visitar en Viena, Austria, la Iglesia de los Capuchinos, el lugar donde se alojan los sarcófagos y “duermen su eterno sueño Maximiliano, el emperador de la barba de oro, el del cerro de las campanas” y otros descendientes de “la familia misteriosa y fatídica”. Darío se detiene ante el sarcófago del emperador y dice: “aquí reposan, en la paz de la muerte el que estaba destinado a seguir la corona de los emperadores de Austria y de los reyes de Hungría”.²⁵ Un pulso romántico sobrevuela como un águila estas líneas.

²⁴ *Escritos dispersos de Rubén Darío*, V.I, Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis García, La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1968. También reproducido en Adolfo Castañón, *Alfonso Reyes: caballero de la voz errante*, México: Academia Mexicana de la Lengua, UANL, Juan Pablos Editor, 2012, pp. 38-42.

²⁵ Rubén Darío. *Tierras solares*. Edición, introducción y notas de Noel Rivas Bravo. Managua: Asamblea Nacional, 2015, pp. 192-193.

VIII

“Huitzilopxtli” es quizá uno de los últimos cuentos escritos por Rubén Darío. Sabemos de cierto que esta fábula sobre el “Colibrí del sur” escrita por el nicaragüense fue publicada después de la breve pero lamentablemente memorable experiencia mexicana del poeta durante la cual llegó sin llegar a México, como quien trata de despertar de un mal sueño y no puede. México fue para Darío una región misteriosa, la legendaria donde habían reinado Moctezuma y Maximiliano, la región gobernada por el general Porfirio Díaz. Desde Veracruz, Xalapa, el pueblo de Teocelo, quizá Darío pudo atisbar o entrever, en lo alto de los carros triunfales que desfilaron en su honor en el puerto, el viento de la violencia que recorrería a México durante los años de la Revolución. Darío no era solamente un “animal poético”; también era un “animal político”, según se desprende tanto del “Coloquio de los centauros” como de la visión que tiene Darío de la política mundial en las últimas entregas de *La caravana pasa*.

La historia contada por Darío —la de un periodista extranjero, “Mister Perhaps”, desaparecido y sacrificado en el altar de una antigua deidad— parecería derivada de alguna narración de Valle-Inclán (muy amigo y lector de Darío), y en particular de *Tirano Banderas* (1926), obra escrita mucho después de la muerte de Darío; el cuento es, además, un ejemplo de esa lengua criolla cuyo ideal anima ciertos textos de Darío, así en prosa como en verso, y que llegará al socaire de nuestros días en el

idioma encantado de las obras de Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis y *La fábula de las regiones* de Alejandro Rossi. Raimundo Lida, el investigador que descubrió el texto y lo comentó, dice de esta pequeña leyenda gótica de tierra caliente: “El narrador de Huitzilopochtli, testigo del horrendo sacrificio a la diosa indígena, podrá explicarlo y descartarlo todo como efecto del aguardiente y de la mariguana. Sentimos que no es el narrador-testigo el personaje de más peso en el relato, sino ese Padre Reguera a quien Darío hace en cierto modo portavoz de sus propias “ideas” sobre la supervivencia de los primitivos en América.” Es cierto que muy probablemente estas “ideas” de Darío no sean sino creencias, supersticiosas sobrevivencias de la leyenda negra que quizá los antropólogos modernos podrían desmentir, pero el punto que subsiste es el de su avasalladora fuerza poética y narrativa que revela la conexión profunda que tenía Darío con el suelo y el subsuelo hispanoamericano, centroamericano y mexicano, y su compromiso con el desarrollo de una escritura y literatura criolla. Los nombres de Ambrose Bierce y de José Juan Tablada aparecen en la imaginación de este lector. Desde los parajes de los bosques tropicales de Teocelo, cerca de Xalapa, en las puertas del Sur de México, seguramente Rubén Darío pudo ver cómo se prolongaban en el presente las sombras fantasmales que entrevió de niño en Nicaragua, arraigados espectros del subsuelo que comunica a México con Centroamérica y, más allá, con toda Hispanoamérica. Bien lo sabía Rubén,

lector de *Las tradiciones peruanas* de Ricardo Palma y de la prosa criolla de Valle-Inclán. Al hablar Darío sobre Valle Inclán, no puede sino hablar de México y decir que aquí “manda el legendario y justamente alabado por Tolstoi, general Porfirio Díaz”.²⁶ Por cierto, y para concluir, resulta dudosa la cita sobre el general Porfirio Díaz, encomiado por el autor de *La guerra y la paz*. La traductora mexicana de Leon Tolstoi Selma Ancira ha buscado exhaustiva e inútilmente en sus obras completas en ruso y en el archivo de este autor en Moscú esa referencia de la cual ya dudaba Alfonso Reyes en una tarjeta postal a Pedro Henríquez Ureña donde se menciona precisamente a Valle-Inclán: “¿Quieres enviarme cuantas noticias tengas sobre el fraude opinión Tolstoi on Porfirio Díaz? Aquí Valle Inclán ha incurrido en eso.”²⁷ Rubén Darío nos lleva lejos por la historia de México como puede leerse en el cuento “Huitzilopochtli”, una pieza narrativa que, no por estar fraguada a partir de lugares comunes, parcialmente vigentes como cualquier tópico, deja de tener plástica eficiencia. La eficiencia de los sueños en-

²⁶ Raimundo Lida. *Rubén Darío. Modernismo*. Monte Ávila Editores, 1984, nota 60, p. 107.

²⁷ Tarjeta postal de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña del 22 de marzo de 1915, desde Madrid, se encuentra en *Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia (1914-1944)*, Edición de Adolfo Castañón, et. al. México: El Colegio de México / FCE, s.a.

torno al carácter terrible del subsuelo prehispánico que trasmina en las letras americanas hasta Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco. Pero no sería posible cerrar esta exposición sin evocar un antiguo cantar mexicano sobre “El mito del nacimiento de Huitzilopochtli”, traducido directamente del náhuatl por Miguel León-Portilla a partir del libro III, capítulo I del *Códice florentino*:

Y este Huitzilopochtli, según se decía,
era un portento,
porque con sólo una pluma fina,
que cayó en el vientre de su madre Coatlicue,
fue concebido.

Nadie apareció jamás como su padre.
A él lo veneraban los mexicas,
le hacían sacrificios,
lo honraban y servían.

Y Huitzilopochtli recompensaba
a quien así obraba.
Y su culto fue tomado de allí,
de Coatépec, la montaña de la serpiente,
como se practicaba desde los tiempos antiguos.²⁸

²⁸ Justino Fernández. “Una aproximación a Coyolxauhqui”, *Estudios de Cultura Náhuatl*. México, UNAM, Vol. IV (1963) p. 53.

Apéndice ²⁹
HUITZILOPOXTLI ³⁰
Leyenda mexicana

Rubén Darío

Tuve que ir, hace poco tiempo, en una comisión periódica, de una ciudad frontera de los Estados Unidos, a un punto mexicano en que había un destacamento de Carranza. Allí se me dio una recomendación y un salvoconducto para penetrar en la parte de territorio dependiente de Pancho Villa, el guerrillero y caudillo militar formidable. Yo tenía que ver un amigo, teniente en las milicias revolucionarias, asegurándome que nada tendría que temer durante mi permanencia en su campo.

²⁹ Raimundo Lida. *Letras hispánicas. Estudios esquemas*. México: FCE, Primera edición, 1958, primera reimpresión, revisada, 1981; segunda reimpresión, 1983, pp. 301-306.

³⁰ Publicado en *La Nación* (5 de junio de 1914) y reproducido con el subtítulo “Leyenda mexicana” en el *Diario de Centro-América*, Guatemala, A. 35, núm. 9771 (10 de mayo de 1915), pp. 1 y 3; reproducido por el profesor Edelberto Torres en el mismo periódico, T. 59, núm. 61 (28 de octubre de 1950), p. 2. El profesor Torres me confirmó algunas dudas acerca del texto. A Ernesto Mejía Sánchez debo el conocimiento de ambas publicaciones y el cotejo, realizado en colaboración con Emma Susana Speratti Piñero. [N. del E.]

Hice el viaje, en automóvil, hasta un poco más allá de la línea fronteriza en compañía de míster John Perhaps, médico, y también hombre de periodismo, al servicio de diarios yanquis, y del Coronel Reguera, o mejor dicho, el Padre Reguera, uno de los hombres más raros y terribles que haya conocido en mi vida. El Padre Reguera es un antiguo fraile que, joven en tiempo de Maximiliano, imperialista, naturalmente, cambió en el tiempo de Porfirio Díaz de Emperador sin cambiar en nada de lo demás. Es un viejo fraile vasco que cree en que todo está dispuesto por la resolución divina. Sobre todo, el derecho divino del mando es para él indiscutible.

—Porfirio dominó —decía— porque Dios lo quiso. Porque así debía ser.

—¡No diga macanas! —contestaba míster Perhaps, que había estado en la Argentina.

—Pero a Porfirio le faltó la comunicación con la Divinidad... Al que no respeta el misterio se lo lleva el diablo! Y Porfirio nos hizo andar sin sotana por las calles. En cambio Madero...

Aquí en México, sobre todo, se vive en un suelo que está repleto de misterio. Todos esos indios que hay no respiran otra cosa. Y el destino de la nación mexicana está todavía en poder de las primitivas divinidades de los aborígenes. En otras partes se dice: "Rascad... y aparecerá el..." Aquí no hay que rascar nada. El misterio azteca, o maya, vive en todo

mexicano por mucha mezcla social ³¹ que haya en su sangre, y esto en pocos.

—Coronel, ¡tome un whiskey! —dijo míster Perhaps, tendiéndole su frasco de ruolz.³²

—Prefiero el comiteco —respondió el Padre Reguera, y me tendió un papel con sal, que sacó de un bolsón, y una cantimplora llena del licor mexicano.

Andando, andando, llegamos al extremo de un bosque, en donde oímos un grito: “¡Alto!” Nos detuvimos. No se podía pasar de ahí. Unos cuantos soldados indios, descalzos, con sus grandes sombrerones y sus rifles listos, nos detuvieron.

El viejo Reguera parlamentó con el principal, quien conocía también al yanqui. Todo acabó bien. Tuvimos dos mulas y un caballo para llegar al punto de nuestro destino. Hacía luna cuando seguimos la marcha. Fuimos paso a paso. De pronto exclamé dirigiéndome al viejo Reguera:

—Reguera, ¿cómo quiere que le llame, Coronel o Padre?

—¡Como la que lo parió! —bufó el apergaminado personaje.

—Lo digo —repuse— porque tengo que preguntarle sobre cosas que a mí me preocupan bastante.

³¹ Sic, quizá por “racial”. [N. del E.]

³² Metal plateado. [N. del E.]

Las dos mulas iban a un trotecito regular, solamente mister Perhaps se detenía de cuando en cuando a arreglar la cincha de su caballo, aunque lo principal era el engullimiento de su whiskey.

Dejé que pasara el yanqui adelante, y luego, acercando mi caballería a la del Padre Reguera, le dije:

—Usted es un hombre valiente, práctico y antiguo. A usted le respetan y le quieren mucho todas estas indiadas. Dígame en confianza: ¿es cierto que todavía se suelen ver aquí cosas extraordinarias, como en tiempos de la conquista?

—¡Buen diablo se lo lleve a usted! ¿Tiene tabaco? Le di un cigarro.

—Pues le diré a usted. Desde hace muchos años conozco a estos indios como a mí mismo, y vivo entre ellos como si fuese uno de ellos. Me vine aquí muy muchacho, desde en tiempo de Maximiliano. Ya era cura y sigo siendo cura, y moriré cura.

—¿Y...?

—No se meta en eso.

—Tiene usted razón, Padre; pero sí me permitirá que me interese en su extraña vida. ¿Cómo usted ha podido ser durante tantos años sacerdote, militar, hombre que tiene una leyenda, metido por tanto tiempo entre los indios, y por último aparecer en la Revolución con Madero? ¿No se había dicho que Porfirio le había ganado a usted?

El viejo Reguera soltó una gran carcajada.

—Mientras Porfirio tuvo a Dios, todo anduvo muy

bien; y eso por doña Carmen...

—¿Cómo, Padre?

—Los de la tierra...

—¿Pero usted cree en ellos?

—Calla, muchacho, y tómate otro comiteco.

—Invitemos —le dije— a míster Perhaps, que se ha ido ya muy delantero.

—¡Eh, Perhaps! ¡Perhaps!

No nos contestó el yanqui.

—Espere —le dije—, Padre Reguera; voy a ver si lo alcanzo.

—No vaya —me contestó mirando al fondo de la selva—. Tome su comiteco.

El alcohol azteca había puesto en mi sangre una actividad singular. A poco andar en silencio, me dijo el Padre:

—Si Madero no se hubiera dejado engañar...

—¿De los políticos?

—No, hijo; de los diablos...

—¿Cómo es eso?

—Usted sabe.

—Lo del espiritismo...

—Nada de eso.³³ Lo que hay es que él logró ponerse en comunicación con los dioses viejos...

³³ En el texto y su reproducción se lee: “—Usted sabe, lo del espiritismo... Nada de eso”. Lo confuso del pasaje acaso se deba a error tipográfico; reordenando el diálogo, adquiere sentido. [N. del E.]

—¡Pero, Padre...!

—Sí, muchacho, sí, y te lo digo porque, aunque yo diga misa, eso no me quita lo aprendido por todas esas regiones en tantos años... Y te advierto una cosa: con la cruz hemos hecho aquí muy poco, y por dentro y por fuera el alma y las formas de los primitivos ídolos nos vencen... Aquí no hubo suficientes cadenas cristinas para esclavizar a las divinidades de antes; y cada vez que han podido, y ahora sobre todo, esos diablos se muestran.

Mi mula dio un salto atrás, toda agitada y temblorosa; quise hacerla pasar y fue imposible.

—Quieto, quieto —me dijo Reguera.

Sacó su largo cuchillo y cortó de un árbol un varejón, y luego con él dio unos cuantos golpes en el suelo.

—No se asuste —me dijo—; es una cascabel.

Y vi entonces una gran víbora que quedaba muerta a lo largo del camino. Y cuando seguimos el viaje, oí una sorda risita del cura...

—No hemos vuelto a ver al yanqui —le dije.

—No se preocupe; ya le encontraremos alguna vez.

Seguimos adelante. Hubo que pasar a través de una gran arboleda tras la cual oíase el ruido del agua en una quebrada. A poco: “¡Alto!”

—¿Otra vez? —le dije a Reguera.

—Sí —me contestó—. Estamos en el sitio más delicado que ocupan las fuerzas revolucionarias. ¡Paciencia!

Un oficial con varios soldados se adelantaron. Reguera les habló y oí contestar al oficial:

—Imposible pasar más adelante. Habrá que quedar ahí hasta el amanecer.

Escogimos para reposar un escampado bajo un gran ahuehuete.

De más decir que yo no podía dormir. Yo había terminado mi tabaco y pedí a Reguera.

—Tengo —me dijo—, pero con mariguana.

Acepté, pero con miedo, pues conozco los efectos de esa yerba embrujadora, y me puse a fumar. En seguida el cura roncaba y yo no podía dormir.

Todo era silencio en la selva, pero silencio temeroso, bajo la luz pálida de la luna. De pronto escuché a lo lejos como un quejido largo y aullante, que luego fue un coro de aullidos. Yo ya conocía esa siniestra música de las selvas salvajes: era el aullido de los coyotes.

Me incorporé cuando sentí que los clamores se iban acercando. No me sentía bien y me acordé de la mariguana del cura. Si sería eso...

Los aullidos aumentaban. Sin despertar al viejo Reguera, tomé mi revólver y me fui hacia el lado en donde estaba el peligro.

Caminé y me interné un tanto en la floresta, hasta que vi una especie de claridad que no era la de la luna, puesto que la claridad lunar, fuera del bosque, era blanca, y ésta, dentro, era dorada. Continué internándome hasta donde escuchaba como un vago rumor de voces humanas alternando de cuando en cuando con los aullidos de los coyotes.

Avancé hasta donde me fue posible. He aquí lo que vi: un enorme ídolo de piedra, que era ídolo y altar al mismo tiempo, se alzaba en esa claridad que apenas he indicado. Imposible detallar nada. Dos cabezas de serpiente, que eran como brazos o tentáculos del bloque, se juntaban en la parte superior, sobre una especie de inmensa testa descarnada, que tenía a su alrededor una ristra de manos cortadas, sobre un collar de perlas, y debajo de eso, vi, en vida de vida, un movimiento monstruoso. Pero ante todo observé unos cuantos indios, de los mismos que nos habían servido para al acarreo de nuestros equipajes, y que silenciosa y hieráticamente daban vueltas alrededor de aquel altar viviente.

Viviente, porque fijándome bien, y recordando mis lecturas especiales, me convencí de que aquello era un altar de Teoyaomiqui, la diosa mexicana de la muerte. En aquella piedra se agitaban serpientes vivas, y adquiriría el espectáculo una actualidad espantable.

Me adelanté. Sin aullar, en un silencio fatal, llegó una tropa de coyotes y rodeó el altar misterioso. Noté que las serpientes, aglomeradas, se agitaban; y al pie del bloque ofídico, un cuerpo se movía, el cuerpo de un hombre. Míster Perhaps estaba allí.

Tras un tronco de árbol yo estaba en mi pavoroso silencio. Creí padecer una alucinación; pero lo que en realidad había era aquel gran círculo que forma[ba]n esos lobos de América, esos aullantes coyotes más fatídicos que los lobos de Europa.

Al día siguiente, cuando llegamos al campamento, hubo que llamar al médico para mí.

Pregunté por el Padre Reguera.

—El Coronel Reguera —me dijo la persona que estaba cerca de mí— está en este momento ocupado. Le faltan tres por fusilar.

Rubén Darío, los globos y Pedro Infante

LA PREGUNTA ACERCA DE SI EXISTE O NO la literatura latinoamericana o una literatura latinoamericana es una pregunta o cuestión capciosa que periódicamente se lanza como un globo de Cantolla para animar la fiesta con la expectativa de ver cuándo se pone a arder y se cae... a veces los globos de Cantolla se van muy lejos. Joaquín de la Cantolla y Rico, cuyo nombre suena apropiadamente pomposo, casi bombástico, fue un piloto mexicano de globos aerostáticos. Estas esferas aéreas pueden resultar peligrosas, como pudieron constatar Rubén Darío y el pintor veracruzano Alfredo Ramos Martínez en París el 8 de agosto de 1901 al ver desplomarse en llamas el globo que casi le costó la vida al aviador brasileño Augusto Severo de Albuquerque, “diputado brasileño émulo de Santos Dumont, y su mecánico, M. Sachet”.¹ Santos Dumont (1873-1932), el famoso precursor de la

¹ Rubén Darío. *La caravana pasa*. Libro tercero..., *op. cit.*, p. 145.

aviación, coincidía por esos días con su paisano y amigo. Darío evoca así este episodio, en su libro *La Caravana pasa* (1902), en el artículo titulado “Los modernos Ícaros”:

Dos artistas —uno argentino, el señor Irurtia, otro mejicano, el señor Ramos Martínez— me habían invitado para ir con ellos esta mañana al campo a respirar el fresco aire y ver los hermosos paisajes que ellos trasladan a la tela. Había que levantarse temprano. Yo fui muy matinal y me dirigí a buscarlos a la rue Campagne Premiere. Nos encaminamos luego a la Avenue du Maine, en donde debíamos sacar a otro compañero. Serían las seis, más o menos. El cielo estaba tranquilo y claro. Caminábamos conversando alegremente, de proyectos, de luchas, de obras por hacer, de sueños por realizar. De repente, al llegar a la avenida, uno de mis amigos llama la atención:

—Eh, miren allá, en el cielo. Santos Dumont, seguramente. —Un globo, no lejos, estaba a nuestra vista. Se dirigía como hacia el lado de Mont Rouge.

Yo hice notar que Santos Dumont, según los diarios, había llegado hacía dos o tres días, de los Estados Unidos, bastante enfermo. Seguimos mirando el aeróstato, que se acercaba más, cuando no pudimos menos de lanzar un grito: ‘¡Se quema!’ Del globo salió una luz, una llama y se produjo una detonación, un corto trueno, y luego un humo que nos llenó de espanto a todos, a nosotros y a unos cuantos transeúntes que se habían detenido a ver... No; es algo tan

horrible que no encuentro cómo escribirlo. La impresión penosa me dura y el recuerdo me durará toda la vida. El globo reventado descendió en un momento arrastrado por el pesado aparato que servía de barquilla. Fue tan rápido eso, que no nos dimos cuenta exacta del tiempo: unos pocos segundos. Oímos el ruido del choque, horroroso choque, como a unos doscientos metros... El espanto parecía que había paralizado a todo el mundo. Mis amigos y yo no nos hablamos una sola palabra hasta momentos después, que pasaron varios automóviles que venían en socorro de los aeronautas. A lo largo de la avenida, cerca de la rue de la Gaité, estaban los restos del globo, y bajo ellos, los despedazados restos de los dos bravos hombres, el pobre señor Severo, diputado brasileño, émulo de Santos Dumont, y su mecánico, M. Sachtet. A poco llegaban las camillas y se recogían los cuerpos... Yo no quise ver... sacos sangrientos de carne y huesos deshechos... Luego supimos que allá, en el parque de Vaugirard, la pobre mujer del aeronauta y su hijito mayor habían presenciado, locos de terror, la caída.²

² R. Darío, “Los modernos Ícaros —Severo— La última tragedia del aire”, *La caravana pasa*, Libro tercero..., *op. cit.*, pp. 143-146. También citado por Antonio Oliver Belmás, “Portugueses y Brasileños”, *Este otro Rubén Darío*, Aguilar. Madrid: segunda edición, corregida y aumentada (primera en esta editorial), 1968, p. 306.

Rubén Darío dice que los globos aerostáticos pueden resultar peligrosos no sólo para los que los tripulan sino para el entorno ambiente que puede resultar incendiado. El nombre de Santos Dumont nos lleva muy lejos por los cielos de la memoria. Alfonso Reyes recuerda que:

Yo estaba en Río de Janeiro cuando, una mañana, Santos Dumont apareció colgado en su casa. Y no se ha repetido suficientemente que aquel precursor del hombre aéreo dejó escrita una carta en que pedía perdón a los hombres por haber lanzado al mundo una máquina que resultaba ser, por excelencia, el arma de todas las destrucciones.³

Como se ve la tentación global o de los globos va de la mano con la destrucción.

Pedro Infante

Adiós Lucrecia

Santos Dumont, Santos Dumont
inventó un globo
que pensaba dirigir con aire solo.

³Alfonso Reyes. “X. Ciencia social y deber social”, Última Tule, *Obras completas*, T. 12, p. 107.

Sentado en su silla estaba
pa' tomar la dirección
y cuando más alto estaba
su papá le pregunto:
—¿Hey Dumont, bajas o no?!
—¡No, no y no!

—Baja Dumont, baja Dumont
que aquí te espera
la comisión que ha de llevarte
a la Antequera.

—Que se vaya donde quiera
que no me pienso bajar,
que me pienso dirigir
hacia el peñón de Gibraltar.

“Mira que yo no voy
a la Antequera.
Que yo me voy pa' Venecia
para bailar con Lucrecia.

Mira que yo no voy
pa' la Antequera”.
—Baja pronto amigo mío
la comisión ya te espera.

—¿Hey Dumont, bajas o no?!

—¡No, no y no!

—Bueno, adiós Dumont,
Adiós, bim, bom.⁴

¿Existe una literatura latinoamericana? Esa pregunta se debe de plantear ante la esfinge que representan los corpus y acervos documentales confiables. En el caso de Rubén Darío se cuenta con ediciones autorizadas de la obra poética (Fondo de Cultura Económica, Aguilar, Galaxia Gutenberg, etc.). Sin embargo, en el caso de la prosa, la obra de Rubén Darío no se encuentra suficientemente acreditada por ediciones críticas. Hasta hace muy poco sólo se contaba con reimpresiones de los diversos libros en prosa de Darío. Y de hecho hasta ahora, no hay una edición confiable de su producción ensayística, periodística, polémica ni desde luego de su epistolario. Ciertamente que a este hecho ha contribuido que, en sus últimos años, Rubén Darío recurrió a la ayuda de secretarios que lo asistían para desahogar la enorme demanda de que era objeto su pluma y que no es fácil, en consecuencia, deslindar qué tanto hay de aquellas manos negras entre las doradas del nicaragüense. Una obra tan importante como la serie de crónicas amparadas bajo el lema *La caravana pasa* sólo ha sido objeto de una edición anotada y rigurosa hasta fechas muy recientes. Me refiero a

⁴ “Dumont y Lucrecia”, Trío Avileño, interpretada por Pedro Infante en la película *Escuela de vagabundos*, 1954.

la edición crítica, introducción y notas de Günther Schmiggalle (en colaboración con la Academia Nicaragüense de la Lengua, Managua), Libro primero, 2000; Libro segundo, 2005; Libro tercero, 2001; Libro cuarto y quinto, 2004.⁵

Estos volúmenes han sido saludados con razón como herramientas indispensables para conocer tanto los textos de Rubén Darío como el entorno cultural en que fueron escritos. ¿Existe una literatura latinoamericana? Quizás se puede decir que su existencia se encuentra todavía en desarrollo. Esto significa que la respuesta a la pregunta vertiginosa y global es, en cierto modo, relativa y parcial.⁶

⁵ Rubén Darío. *La caravana pasa...*, op. cit., Libro primero, 2000; Libro segundo, 2005; Libro tercero, 2001; Libro cuarto y quinto, 2004.

⁶ Sobre el tema de la literatura latinoamericana puede verse Marta Sanz, “Las condiciones materiales”, *Babelia*, *El País* (8 de agosto de 2015), p. 7; Ignacio M. Sánchez Prado, “Entre fronteras y trincheras”, *Laberinto*, *Milenio*, (8 de agosto de 2015), pp. 6-7; Andrés Rodríguez, “Gabo y Vargas Llosa, al rescate del quechua”, *Cultura*, *El País*, (12 de septiembre de 2015), p. 24; Dora Luz Romero y Natasha R. Silva, “Las lenguas que América del Sur quiere salvar”, *Cultura*, *El País* (16 de septiembre de 2015), p. 26.

México en Rubén Darío. Rubén Darío en México [1884-2016]

Con la colaboración de Ana Cristina Gawrys.

La ordenación de las entradas se hizo en forma cronológica.

México en Rubén Darío

“A Ricardo Contreras” en *Poesías completas*; ed., introducción y notas Alfonso Méndez Plancarte; aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmas. Madrid: Aguilar Ediciones, 1968, pp. 333-347. [24 de octubre de 1884].

“Salvador Díaz Mirón” en *Poesías completas...*, *Idem*, p. 540. [1890].

“Tutecotzimi”, en *Poesías completas...*, *Idem*, pp. 713-718. [1890].

“A Colón”, en *Poesías completas...*, *Idem*, pp. 703-704. [1892].

“Palabras liminares a Prosas profanas”, en *Poesías completas...*, *Idem*, pp. 545-547. [1896].

“Amado Nervo” en *Poesías completas...*, *Idem*, pp. 1,003-1,004. [1900].

“Las letras hispanoamericanas en París” en *La caravana pasa*, Libro tercero; ed. introducción y notas

- Günther Schmigalle, pp. 69-104. [16 de febrero y 10 de marzo de 1901; fragmento].
- “Cosas del Cid” en *Poesías completas...*, op. cit., pp. 125-147. [30 de marzo de 1901].
- “‘Toast’ a don Justo Sierra” en *Poesías completas...*, Idem, pp. 1,005-1,006. [Abril de 1901].
- “Salutación del optimista” en *Poesías completas...*, Idem, pp. 631-632. [1904].
- “La tumba de los nuevos Átridas” en *Tierras solares*; ed. introducción y notas Noel Rivas Bravo. Managua: Asamblea Nacional, 2015, pp. 192-193. [1904].
- “A un pintor” [Alfredo Ramos Martínez] en *Poesías completas...*, op. cit., pp. 741-742. [1907].
- “Carta de Rubén Darío a Benigno Díez Salcedo” en *Darío en México. Un ambiente enrarecido*; coord. y pról. Fernando Curiel Defossé, cronología general, crónica día a día y rescate documental Edwin Alcántara Machuca, Octavio Olvera Hernández y Antonio Sierra García. México: UNAM, Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales, 2014, p. 116. [29 de mayo de 1908].
- “Carta de Rubén Darío a Justo Sierra” en *Darío en México. Un ambiente enrarecido...*, Idem, pp. 116-117. [2 de junio de 1908].
- “Carta de Rubén Darío a José Madriz” en *Darío en México. Un ambiente enrarecido...*, Idem, pp. 118-119. [14 de noviembre de 1908].
- “Apóstrofe a Méjico” en *Poesías completas...*, op. cit., pp.

- 1,046-1,047. [1910].
- “Carta de Rubén Darío a Federico Gamboa” en *Darío en México. Un ambiente enrarecido...*, op. cit., pp. 122-123. [15 de mayo de 1910].
- Diario* en Alberto Ghirardo. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires: Losada, 1945, pp. 385-395. [Julio, agosto y septiembre de 1910]
- “Carta a Emilio Valenzuela” [“Rubén Darío a la juventud mexicana”] en *Estudios sobre Rubén Darío*; comp. y pról. Ernesto Mejía Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica / Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, p. 51. [8 de septiembre de 1910].
- “Epigrama a Agüello” en *Poesías completas...*, op. cit., p. 1,170. [Septiembre de 1910].
- “Los asuntos de Nicaragua” en *Estudios sobre Rubén Darío...*, op. cit., pp. 65-72. [Noviembre de 1910].
- “A Ramos Martínez” en *Poesías completas...*, op. cit., pp. 1,047-1,049. [1910].
- “VII. Retorno” en *Poesías completas...*, op. cit., p. 418. [1910].
- “Carta de Rubén Darío a Juan B. Delgado” en *Darío en México. Un ambiente enrarecido...*, op. cit., pp. 141-142. [27 de junio de 1911].
- “Impresiones de Salón” en Rubén Darío. “Impresiones de ‘Salón’” en *Parisiana*, 1ª ed. 1907. Madrid: Mundo Latino, 1917, pp. 193-202. [1911].
- “Artistas de nuestra América. Ángel Zárraga” en *Revista de la Universidad de México*. Vol. xxxii, núm. 9 (mayo de 1978), pp. 9-10. [Noviembre de 1911].

- “Ángel Zárraga” en *Cabezas*. Madrid: Imprenta de Galo Sáez, 1929, pp. 99-102. [1911].
- “Autobiografía: ‘LVIII’ y ‘LXV’ en *Autobiografías*; pról. Enrique Anderson Imbert. Buenos Aires: Clásicos Marymar, 1976, pp. 135, 148-150. [1912].
- “Amado Nervo” en *Cabezas...*, *op. cit.*, pp. 65-69. [¿1912?].
- “Shakespeare en la política hispano-americana” [Sobre Bernardo Reyes] en *Escritos dispersos de Rubén Darío* (recogidos de periódicos de Buenos Aires). Vol. I; estudio prel., recopilación y notas de Pedro Luis García. La Plata: Universidad Nacional de La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1968. [Marzo de 1913].
- “Federico Gamboa” en *Cabezas...*, *op. cit.*, pp. 59-63. [1913].
- “Oda a la Francia” en *Poesías completas...*, *op. cit.*, p. 1,083. [1914: fragmento].
- “Huitzilopxtli” [Publicado en *La Nación* el 5 de junio de 1914 y reproducido con el subtítulo “Leyenda mexicana”] en *Diario de Centro-América*, Guatemala (10 de mayo de 1915). Año 35, núm. 9,771, pp. 1 y 3. [5 de junio de 1914].
- “A una mejicana”, en *Poesías completas...*, *op. cit.*, p. 1,118. [1915].

Rubén Darío en México y entre los mexicanos

1. Antes de 1910

SIERRA, Justo. “Prólogo a *Peregrinaciones*” [abril de 1901].

NERVO, Amado. “Carta a Rubén Darío” [junio de 1901].

———. “Carta a Rubén Darío” [14 de julio de 1901].

———. “Carta a Rubén Darío” [16 de julio de 1901].

———. “Carta a Rubén Darío” [25 de julio de 1901].

———. “Darío” [1900-1902].

———. “Carta a Rubén Darío” [diciembre de 1904].

UREÑA, Pedro Henríquez. “Rubén Darío” [diciembre de 1905].

CASTAÑÓN, Adolfo. “Rubén Darío en su nuez” [junio de 1906].

NERVO, Amado. Carta a Rubén Darío [15 de enero de 1907].

SIERRA, Justo. Carta a Rubén Darío [26 de noviembre de 1907].

———. “Carta a Rubén Darío” [25 de junio de 1908].

CRAVIOTO, Alfonso. Carta a Rubén Darío [26 de noviembre de 1908].

2. 1910

SANTOS ZELAYA, José. Carta a Rubén Darío [5 de mayo de 1910].

———. “Carta a Rubén Darío” [30 de mayo de 1910].

GAMBOA, Federico. “Carta a Rubén Darío” [14 de junio de 1910].

- CARBAJAL Y ROSAS, Bartolomé. “Carta a Enrique C. Creel”
[14 de junio de 1910].
- . “Telegrama” [9 de julio de 1910].
- . “Carta a Enrique C. Creel” [9 de julio de 1910].
- CREEL, Enrique C. “Carta a Bartolomé Carbajal y Rosas”
[13 de julio de 1910].
- “Rubén Darío vendrá a las fiestas del Centenario”,
en *El Tiempo. Diario católico* [13 de julio de 1910].
- “El poeta Rubén Darío en el Ateneo” en *La Opinión* [27
de julio de 1910].
- PASALAGUA, Carlos F. “Carta a Rubén Darío” [3 de agosto
de 1910].
- CARBAJAL Y ROSAS, Bartolomé. “Carta a Enrique C. Creel”
[4 de agosto de 1910].
- GUTIÉRREZ ZAMORA, José Manuel. “Carta a Enrique C.
Creel” [5 de agosto de 1910].
- . “Carta a Enrique C. Creel” [9 de agosto de 1910].
- TORRES PERONA. “Carta a Rubén Darío” [10 de agosto
de 1910].
- CAMBA, Julio. “Rubén Darío” en *El Tiempo* [11 de agosto
de 1910].
- MEDINA, Crisanto. “Carta a Rubén Darío” [11 de agosto
de 1910].
- “Comisionados para atender al eximio Rubén Darío” en
La Patria [12 de agosto de 1910].
- GAMBOA, Federico. *Mi diario* [17 de agosto de 1910].
- NORIEGA, Pío. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores
[Creel o Carbajal?]” [19 de agosto de 1910].

- “Los EE. Unidos, Rubén Darío y México” en *El País* [19 de agosto de 1910].
- “El gobierno de México se ajustará a las prescripciones del protocolo para la recepción de los delegados” en *El Tiempo* [19 de agosto de 1910].
- “La prensa yankee pretende imponernos un protocolo para la recepción de Rubén Darío” en *El País* [20 de agosto de 1910].
- CREEL, Enrique C. “Carta al Embajador de México en Washington” [20 de agosto de 1910].
- “Darío y Argüello representarán a Nicaragua, cualquiera que sea el gobierno de ese país” en *El Tiempo* [23 de agosto de 1910].
- “Díaz Mirón y Delgado loarán a Rubén Darío” en *El País* [28 de agosto de 1910].
- CREEL, Enrique C. “Telegrama a Rodolfo Nervo” [2 de septiembre de 1910].
- PASALAGUA, Carlos. “Carta a Enrique C. Creel” [2 de septiembre de 1910].
- “¿Puede considerarse como legítima la representación de Nicaragua en las fiestas del Centenario?” en *El Tiempo* [2 de septiembre de 1910].
- “El caso de Rubén Darío” *El País* [3 de septiembre de 1910].
- “Tío Samuel se resentirá con México si se festeja al gran poeta Rubén Darío” en *La Opinión* [3 de septiembre de 1910].
- GARCÍA DE LA CADENA, Enrique. “¡Ave, Rubén Darío!”

- en *Diario del Hogar* [4 de septiembre de 1910].
- “El País y el derecho internacional” en *El Imparcial* [5 de septiembre de 1910].
- “Rubén Darío recibido como héroe al pisar ayer tierra mexicana” en *El País* [6 de septiembre de 1910].
- “Rubén Darío en Veracruz” en *La Opinión* [6 de septiembre de 1910].
- “La legitimidad de las credenciales en derecho internacional” en *La Iberia. Diario Mexicano de la Mañana* [6 de septiembre de 1910].
- CRAVIOTO, Alfonso. “Telegrama a Rubén Darío” [6 de septiembre de 1910].
- MASCAREÑAS, Francisco T. “En honor de Rubén Darío” en *La Opinión* [7 de septiembre de 1910].
- “Fue entrevistado el poeta Rubén Darío” en *El Imparcial. Diario de la Mañana* [7 de septiembre de 1910].
- “No vendrá a México Rubén Darío” en *El Tiempo* [7 de septiembre de 1910].
- DÍAZ, Porfirio. “Telegrama a Rubén Darío” [7 de septiembre de 1910].
- SÁNCHEZ ARRIOLA, Salvador. “Telegrama a Rubén Darío” [7 de septiembre de 1910].
- Sin identificar. “Carta a Rubén Darío” [7 de septiembre de 1910].
- GUERRA, Enrique. “Carta a Rubén Darío” [8 de septiembre de 1910].
- “Rubén Darío en la ciudad de Xalapa” en *La Opinión* [8 de septiembre de 1910].

- PIÑÁN DE VILLEGAS, Pedro. “Carta a Rubén Darío” [9 de septiembre de 1910].
- SIERRA, Justo. “Carta a Rubén Darío” [9 de septiembre de 1910].
- “El poeta Rubén Darío tomado por un sacerdote” en *La Opinión* [10 de septiembre de 1910].
- “Partió Rubén Darío para N. York” en *La Opinión* [12 de septiembre de 1910].
- “Rubén Darío partió ayer del puerto de Veracruz” en *El País* [13 de septiembre de 1910].
- PALOMINO, Arturo. Carta a Enrique C. Creel [15 de septiembre de 1910].
- “El calvario de un poeta”, sin referencia [15 de septiembre de 1910].
- PASALAGUA, Carlos. “Carta a Enrique C. Creel” [19 de septiembre de 1910].
- “Rubén Darío en La Habana” en *La Opinión* [24 de septiembre de 1910].
- GAMBOA, Federico. “Carta al señor encargado de Negocios *ad interim* de México” [27 de septiembre de 1910].
- “La ‘Discusión’ en Yucatán” en *La Discusión* [septiembre de 1910].
- “Rubén Darío en La Habana” en *La Discusión* [septiembre de 1910].
- “El Sr. Rubén Darío” en *La Lucha* [septiembre de 1910].
- “Pintor mexicano en La Habana” en *La Lucha* [septiembre de 1910].

“Llegó Rubén Darío” en *La Lucha* [septiembre de 1910].
CABRERA, Luis. “Carta a abierta a Rubén Darío” [septiembre de 1910].

BATALLA, Diódoro. “Bienvenida a Rubén Darío” [septiembre de 1910].

VALENZUELA, Emilio. “Rubén Darío a la juventud mexicana” en *Revista Moderna de México* [septiembre de 1910].
“Excitación en México contra delegados nicaragüenses”, recorte de periódico sin referencia [septiembre de 1910].

GAMBOA, Federico. *Mi diario* [1 de octubre de 1910].

HENRÍQUEZ UREÑA, Max. “Carta a PHU” [11 de octubre de 1910].

TORRES PERONA, José María. “Carta a Rubén Darío” [8 de noviembre de 1910].

HENRÍQUEZ UREÑA, Max. “Carta a PHU” [11 de noviembre de 1910].

VALENZUELA, Emilio. “Rubén Darío a la juventud mexicana” en *Revista Moderna de México* [noviembre de 1910].

CRESPO Y MARTÍNEZ, Gilberto. “Carta a Enrique C. Creel” [7 de diciembre de 1910]

“La influencia de Estados Unidos en México” sin referencia [diciembre de 1910].

3. Después de 1910

PALOMINO, Arturo. “Carta a Rubén Darío” [10 de febrero de 1911].

GAMBOA, Federico. “Carta a Rubén Darío” [17 de fe-

- brero de 1911].
- GAMBOA, Federico. “Carta a Rubén Darío” [11 de mayo de 1911].
- DELGADO, Juan B. “Carta a Rubén Darío” [16 de mayo de 1911].
- ICAZA, Francisco A de. “Carta a Rubén Darío” [15 de junio de 1911].
- NERVO, Amado. “Carta a Rubén Darío” [2 de agosto de 1911].
- NERVO, Amado. “Carta a Rubén Darío” [9 de diciembre de 1911].
- NERVO, Amado. “Carta a Rubén Darío sobre la política mexicana” [1911].
- NERVO, Amado. “Carta a Rubén Darío” [27 de enero de 1912].
- NERVO, Amado. “Carta a Rubén Darío” [15 de abril de 1912].
- DELGADO, Juan B. “Carta a Rubén Darío” [17 de julio de 1913].
- GAMBOA, Federico. “Carta a Rubén Darío” [9 de octubre de 1913].
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. “Rubén Darío” [16 de febrero de 1916].
- CONTRERAS, Ricardo “Rubén Darío” [6 de marzo de 1916].
- PHU, carta a AR [4 de mayo de 1916].
- PHU, carta a AR [9 de mayo de 1916].
- REYES, Alfonso. “Rubén Darío en México” [junio de 1916].

- AR, carta a PHU [3 de julio de 1916].
- AR, carta a PHU [1 de septiembre de 1916].
- PHU, carta a AR [11 de septiembre de 1916].
- NERVO, Amado. “Homenaje, poema dedicado a la memoria de Rubén Darío”.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. “Rubén Darío” [enero de 1917].
- PHU, carta a AR [8 de agosto de 1917].
- REYES, Alfonso. “Cartas de Rubén Darío” [1920].
- . “Glorieta de Rubén Darío” [12 de octubre de 1922].
- VALLE, Rafael Heliodoro. “Argüello, a lo que te truje” en *Excelsior* [6 de marzo de 1926].
- CAMPOS, Rubén M. “El Centenario de la Proclamación de la Independencia” en *El bar* [1935].
- RAMÍREZ ARRIAGA, Manuel. “Algunas palabras sobre Rubén Darío” en *Revista de la Universidad de México* [octubre 1936].
- DIEGO-FERNÁNDEZ, Salvador. “Anécdotas diplomáticas” en [1 de febrero de 1941].
- IDUARTE, Andrés. “Apuntes sobre Rubén Darío y Chile” [18 de octubre de 1942].
- HENRÍQUEZ UREÑA, Max. “Recuerdos de Rubén Darío” [1942].
- JIMÉNEZ, Guillermo. “Cuando Rubén Darío vino a México” [27 de febrero de 1944].
- IDOSAGA, René. “Cuando Rubén Darío vino a México...” y “Magazine para todos” en *El Universal* [17 de

- septiembre de 1944].
- VALLE, Rafael Heliodoro. "Torres Perona, secretario de Darío" en *Jueves de Excelsior* [31 de enero de 1946].
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano. "Memorias" [1946].
- VALLE, Rafael Heliodoro. "Rubén Darío y México" [18 de agosto de 1957].
- NERVO, Rodolfo. "Entretelones de una carrera" [2 de septiembre de 1957].
- TORRES, Edelberto. "Una misión fracasada". *La dramática vida de Rubén Darío*. México: Biografías Ganesa, 1958, pp. 261-274.
- OLIVER, Antonio. "Presencia de México en el archivo de Rubén Darío de Madrid" en *Revista de la Universidad de México* [marzo 1958].
- Antonio Oliver Belmás, sobre Darío, Ramos Martínez y Justo Sierra [1960].
- Fabela, Isidro. "Santiago Agüello", en *Maestros y amigos* [1962].
- PAZ, Octavio. "El caracol y la sirena: Rubén Darío" [6 de octubre de 1964].
- TORRES BODET, Jaime. "El viaje de Rubén Darío a México" [10 de julio de 1966].
- . "Perennidad de Rubén Darío" en *Revista de la Universidad de México* [septiembre 1966].
- RODRÍGUEZ Y S., Gustavo A. "El gobernador don Teodoro A. Dehesa lo atendió" en *Presente! Tribuna y Mensaje de Veracruz* [21 de julio de 1966].
- SCHNEIDER, Luis Mario. "El intermezzo veracruzano de

- Rubén Darío” [enero de 1967].
- LEAL, Luis. “Darío en México” [21 de abril de 1967].
- MONTERDE, FRANCISCO “Rubén Darío y Amado Nervo” [noviembre de 1967].
- SOUTO ALABARCE, Arturo. “Junta de sombras. Rubén Darío” en *Revista de la Universidad de México* [febrero de 1967].
- MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto. “Las humanidades de Rubén Darío” en *Cuestiones rubendarianas*. Madrid: Editorial *Revista de Occidente*, 1970, pp. 137-160.
- SHERIDAN, Guillermo. “Darío: confirmación del eco anticipado” en *Revista de la Universidad de México*. Vol. 32, núm. 9 (mayo de 1978), pp. 37-39.
- MOLLOY, Sylvia “Dos lecturas del cisne: Rubén Darío y Delmira Agustini”, en *Revista de la Universidad de México* [septiembre de 1983].
- DURÁN, Diony. “Pedro Henríquez Ureña y el modernismo” en *Revista de la Universidad de México* [marzo de 1995].
- ORTEGA, Julio, “Vuelta a Rubén Darío” en *Revista de la Universidad de México* [abril de 2008].
- HUERTA, David, “El brindis por Darío” en *Revista de la Universidad de México* [septiembre de 2011].
- . “El cuervo y el cisne” en *Revista de la Universidad de México* [septiembre 2012].
- SÁNCHEZ CORDERO, Jorge y Hermano Francisco” en *Proceso* (10 de enero de 2016), pp. 60-61.
- LABASTIDA, Jaime. “Darío, su revolución poética” [12 de enero de 2016].

- VILLANUEVA, Darío. “Años de centenarios: Cervantes y Darío” en ABC [22 de enero de 2016].
- AGENCIA. “Nicaragua tiene ‘una enorme deuda’ con Rubén Darío” en *La Jornada* [5 de febrero de 2016].
- VILLANUEVA, Darío. “Darío a la luz de Whitman” en *Babelia, El País* [6 de febrero de 2016].
- RAMÍREZ, Sergio. “Muy antiguo y muy moderno” en *Babelia, El País* [6 de febrero de 2016].
- ORTEGA, Julio. “Darío de todos los ríos” en *Babelia, El País* [6 de febrero de 2016].
- GIBSON, Ian. “Cuatro momentos decisivos” en *Babelia, El País* [6 de febrero de 2016].
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Ariel. “Descubriendo a Darío” en *Milenio* [6 de febrero de 2016].
- ALEJO SANTIAGO, Jesús. “¿Nos acordaremos de Rubén Darío cada 100 años?” en *Milenio* [6 de febrero de 2016].
- AGUILAR SOSA, Yanet. “La poesía de Darío, vivísima”, en *El Universal* [6 de febrero de 2016].
- RAE. “El siglo de Rubén Darío (1867-1916)”, en RAE [6 de febrero de 2016].
- MONTESINOS, T. “Rubén Darío, el más influyente de la lírica moderna” en *La Razón* [6 de febrero de 2016].
- HURTADO, Guillermo. “Rubén Darío” en *La Razón* [6 de febrero de 2016].
- SELSEY, Irene. “Darío, en manos de un gobierno que ignora la cultura: Gioconda Belli” en *Milenio* [7

- de febrero de 2016].
- MELÉNDEZ, José. “Falta conocer al Darío periodista y prosista” en *El Universal* [8 de febrero de 2016].
- SALINAS MALDONADO, Carlos. “Polémico homenaje oficial de Nicaragua a Rubén Darío” en *El País* [8 de febrero de 2016].
- SHERIDAN, Guillermo. “Rubén Darío y la tecla cotidiana” en *El Universal* [9 de febrero de 2016].
- IWASAKI, Fernando. “Rubén Darío en Sevilla” en *El Cultural* [13 de febrero de 2016].
- PAREDES, Alberto. “Rubén Darío: primer siglo de inmortalidad” en *Proceso* [14 de febrero de 2016].
- ANDRADI, Esther. “La mujer en las crónicas de Rubén Darío” en *La Jornada semanal* [14 de febrero de 2016].
- BADA, Ricardo. “Rubén Darío el de las piedras preciosas” en *La Jornada semanal* [14 de febrero de 2016].
- AGUILAR, Luis Miguel. “Rubén Darío (1867-1916)” en *Nexos* [febrero de 2016].
- FUSTER, Francisco. “La vida en prosa” en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* [enero-febrero de 2016].
- PONIATOWSKA, Elena. “Pórtico” [marzo de 2016].
- FRESSIA, Alfredo. “Crónica de un día en León, Nicaragua viaje a la tumba de Rubén Darío” en *La Otra* [4 de abril de 2016].
- CASTAÑÓN, Adolfo. “El regreso de *Los raros*” en *Revista de la Universidad de México* [abril de 2016].
- ENRÍQUEZ, José Ramón. “Rubén, agonizante” en *Revista de la Universidad de México* [abril de 2016].

- HUERTA, David. “Rubén y Federico” en *Revista de la Universidad de México* [abril de 2016].
- AGUILAR, Luis Miguel. “Rubén Darío (1867-1916)” en *Nexos* [abril de 2016].



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Desarrollo Institucional

Mtro. Javier de la Fuente Hernández

Secretario de Atención

a la Comunidad Universitaria

Dra. Mónica González Contró

Abogada General

Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Jaime Labastida

Director

Felipe Garrido

Director adjunto

Alejandro Higashi

Coordinador Académico del

Gabinete Editorial



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General



PLANTEL NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario General

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino

Secretario Académico

Dr. Joel Hernández Otañez

Secretario Docente

Biól. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Biól. Gustavo Alejandro Corona Santoyo

Secretario Técnico del Siladin

Lic. Fernando Velázquez Gallo

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Jefa de la Unidad de Planeación

Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández

Jefa del Depto. de Comunicación

Mtro. Édgar Mena López

Jefe del Depto. de Impresiones

Leyendas mexicanas de Rubén Darío de Adolfo Castañón, un título de la colección La Academia para Jóvenes, del Plantel Naucalpan, Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, se terminó de imprimir el 7 de septiembre de 2017 en los talleres del Plantel Naucalpan, Calzada de los Remedios, núm 10, colonia Bosque de los Remedios, Naucalpan de Juárez, CP 53400, Estado de México.

La edición consta de 1000 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

En su composición se utilizó la familia Joanna MT STD.

La formación estuvo a cargo de Édgar Mena y Julia Michel Ollin Xanat Morales.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Alejandro García y el autor.

La **Academia para Jóvenes** es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan.

Los títulos que la integran han sido preparados por miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, que de esta manera quieren contribuir a que los estudiantes puedan asomarse a la enormemente amplia diversidad de sus intereses.

Las obras publicadas buscan fomentar el placer de la lectura, contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes, despertar en ellos algunas vocaciones y vincularlos con los proyectos de investigación de connotados especialistas.

Felipe Garrido
*Director adjunto de la
Academia Mexicana de la Lengua*

La Academia para Jóvenes

